

Año XXXII.

Madrid, Jueves 5 de Septiembre de 1912.

Núm. 36

Suscripción "Sánchez Pérez"

	Pesetas.
Suma anterior	464'45
Juan Martell. (Ecija).....	5'65
U. Z. (Soneja).....	0'25
José Sánchez Maldonado. (Al- mería).....	5'00
R. D. (Bilbao).....	12'50
F. D. (Idem).....	12'50
Roberto de Galain. (Madrid)...	2'00
Pedro Verdaguer. (Santa Colo- ma de Farnés).....	2'10
Alfonso González. (Navalmo- ral de la Mata).....	2'00
Claudio F. Rua. (Gijón).....	5'00
José Estornell. (Cervera).....	3'35
Simón Márquez. (Sevilla).....	1'00
Total.....	515'80

La señora viuda de Sánchez Pérez, y la hermana, me encargan que dé las gracias en su nombre á cuantos han contribuido á la suscripción.

Gracias que amplio con las mías.

La lámina de hoy

Emigración de pueblos en Guipúzcoa

En la *Semana Trágica* de Barcelona, el populacho, señor absoluto de la sociedad, dió por primera vez en el mundo el espectáculo de una revolución incruenta. Llevando á la práctica, donde suelen estrellarse las mejores teorías, el ideal «odia el delito y ama al delincuente», aquella revolución mostró contra las ideas é instituciones reputadas inmorales, criminales y antipatrióticas, saña tan grande como fué grande su respeto á las vidas de las personas de los mismos que vivían á la sombra de aquellas instituciones é ideas, y que se habían abroquelado con ellas para oprimir á aquel mismo pueblo. Pudo decirse que era el pueblo filósofo realizando una utopía hasta entonces considerada irrealizable.

El extranjero que hubiese medido el nivel moral de España sobre la regla de aquellos hechos, habría tenido que decir: «Si la chusma reuñida por el azar y con- gregada por el odio, en el momento de

estallar su venganza y de desenfrenar sus iras manifiesta tal morigeración y cultura, ¿qué grado de moralidad no corresponderá, á proporción, á las demás clases sociales, sobre todo á las oficiales del Estado, hijas de la Universidad, la Academia, la ley y la justicia?»

Mas ¡ay! se hubiese engañado, porque bien pronto la represión feroz, fría, lenta y calculada del Gobierno inspirado por el jesuitismo, demostró que las clases elevadas de España no llegan en cultura moral al grado que llegó la chusma

Y bien pronto también se acreditó que en España domina un espíritu extraño al pueblo español, espíritu sanguinario, salvaje y homicida, que transige con todas las iniquidades y sólo es intransigente con las personas; espíritu extranjero y bárbaro sostenido y agitado por el soplo del Vaticano, que perpetúa á través de los siglos la odiosa alma del implacable celta, y que hace que en el suelo de España germinen y florezcan como en nación alguna todas las plantas del mal; el despotismo, la codicia ladronesca, la inmoralidad escandalosa, la corrupción política, la iniquidad en funciones de justicia, la mentecatez impuesta como religión, el pillaje oficial ejercido como profesión pública.

Y el máximun del mal ese encárnalo el carlismo, cuya tromba están hinchando los poderes públicos para desencadenarla sobre el pueblo español, á fin de que con sangre abone aquellas plantas malditas; olvidando, ó quien sabe si recordando, que las guerras civiles del siglo XIX ahuyentaron de España los capitales y con ellos la estabilidad de los negocios, cuyo primer cimiento es la paz y seguridad pública; ahuyentaron la tranquilidad, la libertad, la legalidad, la salud del pueblo, que lleva en su seno clavado el narpón del carlismo, como cáncer que le devora, siendo á la vez rémora que atasca todo movimiento de la nación hacia el progreso.

El monstruo ha resucitado. Hasta aquí fueron víctimas algunos individuos aislados, cuya sangre ha servido de aperitivo á los instintos de la canalla salvaje que tiene por Dios el exterminio y por culto el estrago. Mañana serán sus víctimas los pueblos enteros, las clases, las regiones, la patria toda.

Y he aquí la empresa de EL MOTÍN en estos momentos críticos: parodiar á Cassandra, dando el último grito de alarma á toda España, y repitiendo en todos los tonos:

—¡Ejército! Mira en los cuadros de fusilamientos y degüellos la suerte que espera á tu oficialidad.

¡Ciudades! Miraos en el espejo de Cuenca, saqueada, profanada y devastada por hordas comandadas por principes foragidos.

¡Pueblos! Miraos en el relato del cuadro de emigración que aquí os ofrezco, tomado de la prensa de aquella época:

El abandono de Tolosa

«Recibe el general Loma la orden de abandonar á Tolosa, sitiada por los carlistas, volando antes todos los fuertes y cuerpos de guardia de la plaza y conduciendo á San Sebastián los pertrechos de guerra, municiones y artillería.

Y bajo una lluvia torrencial, con una capa de lodo líquido de más de un palmo, sobre una superficie resbaladiza y fangosa, se vió el 28 de Febrero de 1874, á la luz crepuscular de la mañana, una inmensa línea negra, serpenteando lenta y acompasadamente por el trayecto de Tolosa á Villabona.

La cabeza de esta interminable procesión tocaba en este último pueblo distante una legua de Tolosa, y su cola encarnada (los miqueletes y republicanos llevaban boinas de este color) ocupaba todavía las calles de la infortunada ciudad.

El cuerpo de abigarrados é informes anillos lo constitulan tres fajas longitudinales: la central, unos cuantos coches y multitud de carretas; enseres pobres de escaso valor monetario, pero capital fabuloso para el infeliz que los amontonó, colocados en confuso tropel, eran arrastrados en medio de dos filas de mujeres, ancianos y niños de todas las clases sociales, apoyados unos en otros, ayudándose el niño y el viejo.

La madre cargada de tiernos vástagos, la joven educada en el regalo y la comodidad, emprendieron la triste peregrinación: escasamente podían dar un paso, pues llegábales el lodo hasta las rodillas, mas todos caminaban sin volver la vista atrás para mirar su querida villa donde dejaban bienes, recuerdos, el nido de sus hijos, el sepulcro de sus padres...

Suena una terrible explosión: es que el baluarte de la puerta de Castilla ha sido volado por los voluntarios, que se ponen á su vez en marcha.

Más de mil tolosanos habían partido con el tren de carros; 300 voluntarios, decididos á morir cubriendo la retaguardia, parten con mesurado paso en el momento que el pundonoroso gobernador militar, D. José Campo, arroja al río las llaves de la plaza.

Tolosa está evacuada; una orden del ministro de la Guerra ha hecho lo que no pudieron 17.000 carlistas en un bloqueo

de siete meses, ni un fuego incesante de fusilería que había herido á 82 infelices ancianos, niños y mujeres, matando á 14.

Un pueblo que había sufrido la falta de trabajo y de pan; empleado 70.000 duros en adelantos á la tropa, asistencia de 700 y pico de heridos y más de 2.000 enfermos; y todo su capital en obras de defensa, bien pudo salir, como salió, con la conciencia de haber cumplido como bueno.

Y en el nebuloso porvenir á que sin titubear se lanzaba, no le afligía su falta de medios, su pobreza; las lágrimas que humedecían los ojos de aquellos patriotas se las arrancaba el pesar de que no los hubiesen dejado morir bajo los muros que habían construido, capaces de resistir á 20.000 hombres, aún cuando los voluntarios no hubieran sido tan valientes como ellos y menos valerosa y sufrida la guarnición de los soldados de Luchana y Ontoria, sus hermanos en sufrimiento, y que habían compartido con ellos su pan y sus penalidades, enseñando además con el ejemplo, cómo se permanece sereno en el combate y cómo se sacrifica la vida en aras de la patria y la libertad.

Fué un espectáculo triste y conmovedor el de la retirada de los liberales de Tolosa.»

Siento, al volver á leer en la vejez ese relato, las mismas indignaciones y las mismas iras que se despertaron en mi espíritu al leerlo por vez primera, allá cuando yo estaba en la fuerza de la vida. Y si por un lado lloro al pensar en que España está avocada á otra guerra, por otro me enorgullezco de no haber dejado desde entonces de hacer cuanto he podido para impedir que llegara este caso.

Treinta años he pasado diagnosticando el mal y pronosticando este estallido del furor salvaje, y en esos años me he visto tachado de visionario, de sectario, de fanático y de pesimista.

Y, sin embargo, ya se cumplió mi profecía. Ya nadie duda de la inminencia de otra guerra, que será más terrible que las anteriores si no obramos con rapidez y energía; guerra que sólo nos dejará el consuelo de que será la última convulsión de la fiera clerical.

Porque, eso sí; el clericalismo saldrá de ella aplastado para siempre. ¡Pero á costa de cuántas lágrimas, cuánta sangre, cuántas ruinas!...

JOSÉ NAKENS

¡Libertad y á ellos!

Recibo muchas felicitaciones por mi actual campaña contra el carlismo, que me producen satisfacción viva. Ellas me dicen que *por fin* la opinión liberal se preocupa de lo que yo me preocupé siempre.

La continuaré con la constancia que puse en todos mis empeños políticos, hasta ver si consigo que se penetren bien mis compatriotas de lo que es una guerra civil en que el clero interviene, pues,

aunque parezca imposible, hay muy pocos que lo sepan.

Abundan aquí los sabios y los eruditos que repiten, como si las hubieran oído, las primeras palabras cariñosas que Adán dirigió á Eva; que están enterados de cómo se llamaba el primer celta que vino á España; que señalan el palmo de terreno donde puso el pie izquierdo al desembarcar el primer fenicio que se dignó visitarnos; que saben lo que pensó Viriato momentos antes que lo asesinaran; etc., etcétera; y en cambio hay pocos que sepan lo que ocurrió entre nosotros el pasado siglo; los hechos heroicos que nuestros padres realizaron; los mares de lágrimas que vertieron nuestras madres; los patriotas que subieron al cadalso; los millares de víctimas sacrificadas por el fanatismo, y las ruinas que trajeron sobre esta nación el implantamiento y defensa de la libertad; cosas todas que deberían enseñarse á los niños en las escuelas, no sólo para honrar la memoria de los mártires del progreso, más en número, y más verdaderos, y más grandes que los de religión alguna, y á los cuales debemos lo que hoy somos y lo que valemos, si no también para que aprendiesen á amar y conservar la libertad que á costa de tantos sacrificios nos dejaron en herencia.

Y de esto, de que lo sepan, voy á encargarme yo, *volcando, como ya dije, la historia del carlismo sobre el carlismo*, para que ella se encargue de combatirlos mientras despiertan los dormidos, se previenen los descuidados, se indignan los indiferentes, y todos los liberales exclaman á una con el viril acento de las convicciones profundas y las poderosas energías del instinto de conservación:

¡Libertad y á ellos!

Y creeré que, al hacer esto, trabajo más por la idea que profeso, y por la honra de España, que barajando los nombres de Lerroux, Álvarez, Azcárate, etcétera, etc., ó discutiendo si la Conjunción es mejor que el Radicalismo, ó si el Reformismo es la última palabra de moda en la industria de poner mote á la República.

Pues no habrá ya quien dude que todo esto es perfectamente inútil; mejor dicho, contraproducente. Mientras nosotros nos hemos pasado años y años entregados á esta labor negativa, ellos, los clericales, esto es, los carlistas de boina y sin boina, han hecho la suya, infame y siniestra, sí, pero positiva y práctica, y hoy se atreven ya á insultarnos, á asesinarnos y á desafiarnos.

¿Y por qué se atreven? Porque están unidos; porque cuenta cada uno con todos, y todos cuentan con cada uno; porque no hay fracciones entre ellos; porque se llaman sólo *carlistas*, como nosotros deberíamos llamarnos únicamente *repúblicanos*.

Por esto, por esto se atreven.



Ayuntamiento de Madrid

La moralidad en el carlismo

Uno de los lemas estampados en el trapo sucio y ensangrentado á que llaman bandera los carlistas, es el de *moralidad*.

Ya iré exponiendo algunas de las horribles mutilaciones que le hicieron á esa buena señora durante la última guerra el *Chafa* y consortes. Hoy me limitaré á decir cómo la trataban aquellos otros bandidos, ya casi legendarios, que capitaneaba el estúpido Carlos V, para que nadie dude en adelante de lo que sería España en manos de los carlistas.

Ande yo caliente...

Hallándose don Carlos en Portugal, nombró ministro universal suyo al obispo de León.

De la administración de este prelado se puede juzgar por el siguiente párrafo de un testigo presencial, quiéu, después de lamentar «que se vendiesen los destinos en la corte de D. Carlos, dándolos á hombres por lo general ineptos y siempre de muy dudosa moralidad», dice:

«Un batallón como de quinientas plazas y muchos oficiales sueltos que se habían refugiado en Portugal, sufrían las mayores privaciones por que nada se les daba, y llegaron hasta el extremo de verse en la necesidad de salir por las noches al campo á recoger de las huertos algunas patatas ó legumbres para aplacar el hambre. Este hurto, necesario, les costaba reñidos choques con los portugueses, que se ponían en alarma desde el momento que los españoles entraban en alguna población.»

«Ni á D. Carlos—sigue diciendo—ni á su ministro universal se les ocurría un medio para salir de tan penoso estado, y las más prudentes y leales reflexiones no servían sino para promover rivalidades y encarnados resentimientos.»

¿Qué medios habían de ocurrírseles, si ellos eran los primeros fautores de aquel desórden? ¿Qué autoridad podían tener los que hacían lo mismo en otra forma? Entre los que saqueaban á sus parciales para vivir bien, y los que robaban unas patatas para no morir de hambre en la emigración ¿acaso no eran éstos últimos los más decentes?

Derroches en la Corte

Lo mismo que en la emigración, este sistema de robar persistió en la corte durante la guerra; viviendo ella bien, le importaba poco que sus parciales se muriesen de hambre.

Las diputaciones forales, encargadas de la recaudación, no se descuidaban; pero los soldados carlistas llegaron en alguna ocasión, según la frase de uno de sus jefes, *á rahiarse de hambre*.

En cambio, véase lo que dice nada menos que el secretario del jefe de E. M. general carlista, D. Manuel Lassala:

«El real seguía invariable en su desa-

certada conducta; oraciones, novenas, y una rigida preparación para la cuaresma, eran sus asiduas ocupaciones; ningún recurso se procuraba al necesitado ejército, al mismo tiempo que el palacio de D. Carlos y su servidumbre aumentaban más y más en *superfluos é irritantes gastos*.

¿Qué tal? Si llega á triunfar el Carlos V. aun cuando no hubiera sido más que por un mes, hace lo que más tarde hubiera hecho el VII, si está en Madrid durante ocho días siquiera: comerse hasta las piedras del palacio de Oriente.

Otro carlista, D. Juan Manuel de Arizaga, dice confirmando las apreciaciones del concienzuelo Lassala:

«Guergué se ocupaba con preferencia en las intrigas que él propio fomentaba en el Cuartel Real, y estimuló á Arias Teijeiro á aconsejar á D. Carlos la reunión de sus ministros, cómplices en sus atentados, rodeándolo en Estella de una multitud de eclesiásticos y personas inútiles bajo todos conceptos, que hacían creer á D. Carlos en el triunfo de su causa como revelación divina é independiente de todo esfuerzo humano; en una palabra, se completó esta situación en los sitios de Viana y de Peñacerrada, en donde tantos infelices fueron sacrificados, en tanto que la audaz pandilla decretaba prisiones, exoneraba á antiguos generales encanecidos en la carrera de las armas, *empleando á veces el puñal alavoso* para jefes inocentes, á quienes tenían desterrados, como sucedió con el joven brigadier D. José Cabanas, militar de un buen mérito reconocido, que fué bárbaramente asesinado en Saracois.»

«Producto de las intrigas del Gobierno fué la relajación del ejército carlista, la sublevación de los batallones que desobedecieron su voz y la del infante don Sebastián, cometiendo muertes, robos, tropelías y toda clase de excesos de que fué teatro Estella.»

«Estos son hechos que cubrirán de afrenta á los hombres que regían la causa carlista.»

«...Producto de la intriga de la corte fué el odio que alimentaron y cundieron contra todo el que era castellano»...

«...Producto de nuevas intrigas fué la expedición de D. Basilio Antonio Garcia, que en marchas forzadas, sin cálculo ni prudencia, perdió la mitad de la gente antes de llegar á la Mancha, incendió pueblos, impuso cuantiosas multas, apresó y se llevó á señoras del más alto respeto, insultó á virtuosos sacerdotes y fusiló por su propia voluntad á cuantos caían en sus manos, sin formación de causa ni sumario»...

«Don Basilio no sólo cobró mensualmente el sueldo asignado á un capitán general en ejercicio, sino que se señaló y cobró mil reales diarios para el pago de confidencias que siempre le produjeron sorpresas y derrotas, y un duro para gastos de secretaría, de la cual no salía nunca un sólo oficio. No era igual la suerte de los jefes, oficiales y soldados que tu-

vieron la desgracia de acompañarlo, que sólo recibieron un tercio de su paga en cinco meses»...

Voto de calidad

En aquel juego de ladrones carlistas, no podía nunca decirse lo que en el del monte: *¡y no va más!* Allí siempre iba más y se iba á más. Pruebas:

Urbiztondo, en una Exposición que dirigió á D. Carlos, decía:

«...dieron principio á una guerra que por donde marchaba iba dejando los vestigios de la desolación y el espanto, viéndolo los pacíficos *una cuadrilla de agresores sedientos principalmente de dinero*, que disponían de sus vidas y haciendas con el *puñal del foragido*, teniendo la sacrilega osadía de profanar el nombre augusto de V. M. al tiempo de perpetrar *los delitos más enormes y horroresos*.

«...para hacer presente á V. M. que los veintitres batallones que, según los partes, existían en Cataluña antes de mi llegada, fueron soñados en el delirio del engaño; que el famoso tren de artillería, sólo estuvo en los parques de la imaginación; que el espíritu público, animado por nobles y heroicos estímulos en favor de V. R. M., lo amortiguó ó extinguió la ambición desmedida ó el sistema omnicoso del desorden; que los valientes caudillos de la restauración, *sólo lo han sido de crímenes*; que los soldados aguerridos y disciplinados son hombres acostumbrados á vivir sin Dios, sin rey y sin patria.»

«No me hace renunciar á la esperanza el sentido en que están los batallones, la poca fuerza de los mismos ni el estado inmoral y relajado de la disciplina; *la falta de subsistencia y de dinero* es la que desconcierta mis planes, pasando por el dolor de ver sacrificados los pueblos, *sin que los resultados de esfuerzos tan costosos y violentos tengan entrada ni en los almacenes ni en tesorería*...»

«Me lamento, señor, del mal arreglo en los ramos administrativos, y que el fraude, monopolio y agiotaje se miren del mismo modo que si fueran especulaciones de lícito comercio.»

«La Junta superior pasa su tiempo en vanas é insignificantes discusiones; los recaudadores ó comisionados sólo se han propuesto *labrar su fortuna sobre las ruinas de los pueblos*, y las justicias y ayuntamientos el defender sus bienes de los ataques de la contribución, poniendo de parapeto los que pertenecen al vecino. *No hay una idea, señor, de desorden tan escandaloso*. En el mes de Julio último se han extraído CUARENTA Y OCHO MIL raciones de víveres y MAS DE DOS MILLO- NES de reales, y en este mismo mes NO HAN PODIDO COMER seis mil hombres, ni ser asistidos con un tercio de paga.»

¿Pero este Urbiztondo, dirá el lector, era un hombre honrado, un militar serio y digno, una persona decente? Si; por eso no se le hizo caso; por eso precisamente perdió las simpatías de la Corte y concitó los odios de sus correligionarios, que hasta intentaron asesinarle. Sin embar-

go, no hubo realista más convencido ni más leal entre todos

Y es que, para ser bien quisto entre carlistas, hay que pouterse al diapason normal en latrocinios y asesinatos.

Pureza administrativa

«Solamente en la que ha corrido á cargo del coronel de lanceros de Tortosa, D. Pedro Beltrán, ha producido el monopolio SUMAS INMENSAS, de las que no ha dado cuenta, ni esperanzas de que las dé.»

Así decía el presidente de la Junta gubernativa del Maestrazgo, conde de Cirat, en carta dirigida á su amigo D. Pedro A cántara Díaz de Labandero, refiriéndose á los actos de verdadero vandalismo, de que hay testimonios á centenares, según el historiador Pírala, en el campo carlista.

«Esioy persuadido, decía el mismo presidente en otra carta á D. José Villavicencio, y refiriéndose á la incursión hecha á la ribera del Júcar, estoy persuadido no se invertirán bien estos caudales, que bien invertidos habría para pagar el ejército y comprar fusiles.»

«La Junta estaba sin un real, porque todos los jefes se creían autorizados á hacer pedidos y exacciones, y en cuanto sabía que cualquier administrador había recaudado algo, se lo exigía con cualquier pretexto, y si no entregaba la cantidad pedida, se le reducía á prisión.»

«Si con mano fuerte no se obliga á cada uno á que cumpla con su deber, nunca habrá orden» añadía el referido presidente, conde de Cirat.

Todos estos eran clamores en desierto, porque el vil Cabrera, no sólo consentía estas dilapidaciones, sino que desterraba á los miembros de la Junta carlista que se permitían censurarlas; y D. Carlos, á quien acudió la Junta presentando su dimisión, contestaba que signieran en sus puestos sin parar mientes en lo que sucedía, porque «el estado de guerra es el desorden, y que eran menos graves las males que denunciaban, aun siendo insostenibles, *que los bienes que producen al ejército*...»

Peor idea de la guerra y la administración no la hubiese tenido Jaime el Barbudo. Póngase á los carlistas donde haya y se comen hasta los clavos. Poseñados del ministerio de Hacienda ó del de Fomento, pronto sería necesario escribir en sus muros, albergadores de tantos y tan insignes ladrones:

Con estos no hay competencia.

Trozos escogidos

«Si Llangostera, como es público, se apropia los ganados que coge en sus excursiones y los vende á los enemigos de Tortosa, ó á los amigos de Cataluña; si los granos destinados al sostenimiento del ejército llevan el mismo camino, ¿qué confianza ha de merecer á los pueblos?»

Si éstos ven que las productivas incursiones á país enemigo no los alivia del preciso suministro del ejército y que se

obscurcen sin saber su inversión, ¿qué concepto formarán de los jefes?

Si Aragón ve que se le *saquea* sin necesidad, ¿no se entaviará su heroísmo? Si ve á sus fuerzas desatendidas y como abandonadas, ¿cómo ha de engrosar el número?

«...El brigadier D. José Lespinasse ha dejado nombre en Aragón por sus exacciones escandalosas...

«...D. Lorenzo Cala y Valcarcel, autoridad eclesiástica, desatendió del todo las obligaciones y deberes de su calidad. No habrá pueblo en Aragón donde no haya documentos y antecedentes bastantes para hacerle cargos graves.

...El imponía contribuciones, él las recaudaba con estudiada confusión que convenía á sus miras y que le han dejado algunos descubiertos y un DESCREDITO que no puede borrar.»

«D. Ramón Ocagallán goza por su conducta é impureza en los gobiernos de Cantavieja y Morella un concepto sumamente perjudicial á la causa. Se dice que están aun por devolver á los pueblos las alhajas, muebles y efectos que pidió para el alojamiento de S. M. en Cantavieja. En las obras, en el suministro, y en una contribución escandalosa de bagajes hay tales sospechas de su pureza, que le presentan MUY CRIMINAL.»

Carta edificante

De una carta de Samsó, caracterizado carlista, á Mr. Julio Colinot, entresaco lo siguiente:

«...No puedo prescindir al poner en conocimiento de usted el mal comportamiento de las tropas navarras en este Principado (la carta está fechada en un pueblo de Cataluña), que el desgraciado estado á que nos hallamos reducidos, es capaz por sí, y sin otras derrotas, de aniquilar á los defensores de la legitimidad en Cataluña. *Robos continuos, vejaciones crueles y tropelias inauditas*; esto y algo más, amigo, es lo que están causando en todo el suelo que pisan.»

Por aquí se puede formar idea de las suaves formas y procedimientos que emplearían los agentes de D. Carlos para recaudar impuestos. Ni los que con el trabuco á la cara decían en otros tiempos: ¡la bolsa ó la vida!

Desnudos y hambrientos

Véase ahora una muestra de cómo se aplicaban los recursos del Erario:

«La desnudez y miseria en que tiene el señor Guergué á los navarros, es otro motivo de descontento, siendo así que lass muchas cantidades que ha percibido y las considerables exacciones de multas y contribuciones, deberían al parecer acallar los compasivos clamores de tantos oficiales y tropa que no perciben un cuarto para su manutención, ni pueden lograr un vestido con que cubrir su miseria. Todo esto es público.»

De más de la marca

La desfachatez de D. Basilio, ladrón de los más atrevidos y desvergonzados, llegó hasta entrar en los pueblos ostentando las alhajas de particulares y de los templos que tan devotamente había saqueado en sus correrías.

Pues bien; D. Carlos le levantó la prohibición de presentarse en su cuartel general, gracias al regalo de un excelente caballo tordo para que lo montase la princesa de Beira.

«Sobre esta gracia—dice textualmente otro general carlista;—nos abstenemos de comentarios, en atención á lo infinito que hemos repetido que sólo cierta clase de hombres, y no los militares probos y pundonorosos, eran considerados y atendidos por el príncipe, que esperaba de ellos la victoria sin reflexionar en las impuras y sacrilegas manos de que vendría.

El cuartel de D. Carlos era el asilo impune de los delincuentes.»

Ya lo ois, jefes y oficiales del ejército. con quienes los carlistas de hoy pretenden contar: os darán por compañeros á los criminales de la más baja ralea, si es que no os ponen bajo sus inmediatas órdenes.

Ladrones, cochinos, caribes

Párrafos de una comunicación de don Gaspar Díaz Labandero, intendente carlista, al general Urbiztondo:

«Berga, 31 de Julio de 1837. Armese usted de paciencia, querido general. Por el contenido de su muy apreciable del 29 del actual, y la conducta observada posteriormente por LOS VANDALOS con quienes por precisión tiene usted que operar, me convenzo etc...»

«Nada sirve dictar providencias para que la recaudación se haga conforme á instrucciones vigentes y que los fondos todos entren en una tesorería para su distribución justa y arreglada, pues los jefes principales continúan en sus rancias é inalterables costumbres, AGARRANDO CUANTO se les pone por delante...»

«Le aseguro á usted, mi querido don Antonio, que cada día *estoy más escandalizado y alurdido del modo TAN COCHINO DE ROBAR QUE TIENEN ESTOS CARIBES.*»

Así, clarito. Hay que convenir en que, para amar las cosas por su nombre, no hay nadie como los hombres decentes que por equivocación se han visto entre los carlistas. Y es que nada hay tan sincero como la indignación que estalla en los pechos honrados.

Inmoralidades en montón

El cabecilla Torres decía al ministro de la Guerra de D. Carlos en Noviembre de 1835:

«No puedo dar una completa idea á V. E. del mal estado de los pueblos en el tiempo que alguno de los jefes ocupaba alguno de ellos, porque el desorden y la confusión eran los puntos de mira de to-

dos los que tenían las armas en la mano, y resultaban continuas molestias, vejaciones é insultos, que seguidos del robo y de la rapiña, sembraban la miseria en el país.»

Hay que fijarse bien en la fecha en que esto se decía, para comprender que la guerra carlista representó desde sus comienzos el saqueo y el latrocinio.

Encausado el cabecilla Sobrevias por los suyos, se llevó á la sumaria una carta dirigida al mismo por el comandante Grau, pidiéndole *quinientas onzas de oro* para librarle de las muchas acusaciones que sobre él pesaban, fundando la seguridad de conseguirlo en la escasez de dinero que experimentaba el comandante general del campo carlista.

De lo que se deduce que el estado mayor del ejército carlista en Cataluña era una cuadrilla de salteadores.

Visto y conformes.

Vista gorda

Todo se volvian arbitrios entre los carlistas para mejorar su Hacienda, pero, naturalmente, todos resultaban ineficaces. Como cada cabecilla era recaudador y tesorero, no habia modo de que el erario de D. Carlos tuviese nunca una peseta. Y era inútil que alguien intentase el remedio, porque sobre no lograrlo, sólo conseguia malquistarse con los suyos y perder la gracia del amo.

Así sucedió á la Diputación de Durango, que habiendo acudido en queja al titulado ministro de Hacienda por exceso cometido en el armamento en corso de cuatro lanchas, talas de monte, presas, suministros etc., se le contestó de orden de D. Carlos *que evitara acriminar la conducta de los que servían con lealtad.*

De esa manera corregía el Pretendiente las depredaciones y repiñas de sus afectos, y así se explica que fracasara cien veces en sus proyectos de hacer empréstitos. ¿Quién habia de tener confianza en un tipo así?

A todos los crímenes y tropelias enumeradas, llamaba Arias Teijeiro, consejero de D. Carlos, *efecto inevitable del sistema de guerra que tantos bienes produce.*»

La Hacienda carlista tenia ingresos respetables; sólo la Aduana de Irún, según acusan datos oficiales, les proporcionaba muy cerca de ocho millones mensuales; júzguese por este solo capítulo á lo que ascenderían los ingresos por todos los demás conceptos y recursos más ó menos autorizados por el estado de guerra. No obstante, la penuria era grande, porque la corte y los administradores se lo comían todo.

Y Roma además. Los mismos carlistas se quejaron más de una vez de que la curia romana, á pesar de su amistad y de saber los apuros del carlismo, no expedía indulgencia ni bula que no se pagase. Casi todos los meses se enviaban religiosamente gruesas sumas en pago de las preces de S. S. y á costa de inmensas

privaciones de los que llamaba sus predilectos hijos y únicos defensores de la religión.

Pobre España, saqueada por los bandidos de dentro y por los santos de fuera!

Por la verdad

El Sr. Canalejas, en la defensa que está haciendo de su gestión ministerial, ha escrito: «Más se inclinaban á los socialistas con los métodos del *intervencionismo del Estado* Cánovas y Moret, Canalejas y Dato, que los paladines de la Democracia antimonárquica.» Y en otro párrafo, el mismo señor afirma que en la «Semana Sangrienta» abandonaron los socialistas «la indiferencia ante las formas de gobierno».

Cierto que Cánovas escribió y habló acerca del problema social y que lo propio hicieron los Sres. Canalejas y Moret; pero aun habiendo ocupado los tres importantes puestos en distintos gobiernos, no salió de su iniciativa ni la más liviana reforma positiva, porque la Comisión de Reformas Sociales, creada por el Sr. Moret en orden á la aminoración real del mal estar obrero, no es absolutamente nada.

En cambio, el Sr. Dato, que ni había hablado ni había escrito acerca del problema social, fué quien promulgó la ley de accidentes, y también la vigente del trabajo de la mujer y del niño.

Pero la gloria de haber iniciado la legislación positiva obrera le corresponde á la República con la ley del ministro de Fomento Sr. Benot, que prohíbe el trabajo de los menores de diez años, que ordena la creación de escuelas, que previene que haya botiquín y asistencia médica en los establecimientos alejados de poblados, y que habla ya de jurados mixtos. Asimismo de la República es una disposición para que sean atendidos y socorridos los paisanos que sufran accidente en las obras de ingenieros militares.

La ley del Sr. Benot no se cumplió nunca por falta de reglamento, y, sin embargo, habiendo sido el ministerio de Fomento el departamento de donde emanó, en este ministerio estuvieron los señores Canalejas y Moret, fervorosos intervencionistas del Estado. Acaso consideraron más eficaz seguir hablando y escribiendo acerca del problema social que llenar el modesto trámite que faltaba para que entrase en vigor la ley. Y no hay que decir si el Sr. Cánovas, tan intervencionista en discursos y escritos, pudo haberse adelantado á los otros dos señores.

Es decir, que la República, en un período revuelto, hizo obra positiva.

Pero aun antes de llegar al Poder hombres de estas ideas, hablan hablado y escrito en favor de los obreros, y sus voces fueron las que se hicieron oír en defensa de la Internacional, y aun de los principios por ella sustentados, con discursos como los de Salmerón y Pi y Margall, que no suscribirán ciertamente nin-

guno de los señores á que alude el Presidente del Consejo.

¿Es que aquellos hombres que defendieran, no sólo la intervención del Estado, sino hasta la transformación de la propiedad, desaparecieron con la República? No, calda ésta, si en el republicanismo aún subsiste la escuela liberal, el individualismo de los Castelar, Echegaray, Figuerola y Moreno Rodríguez, también hay socialistas, y socialista es Salmerón, y socialista es, sobre todo, el formidable federalismo acaudillado por Pi y Margall, que en 1894 redacta un programa en que se llega—¡oh georgistas!—á la apropiación social del suelo. Y no se cuenta que el Sr. Azcárate es un intervencionista, y era y es, republicano, y que con Ruiz Zorrilla estuvieron los mismos señores Canalejas y Moret.

¿Qué significa al lado de estos hechos que un Castelar, que otros hombres de talla combatieran toda ingerencia del Estado en estas cuestiones por profesar en su natural pureza las viejas ideas de la economía clásica? ¿Qué los nada científicos ni razonados y si ligeros ataques de D. Melquiades Alvarez al marxismo?

Sí, como queda probado, es totalmente infundada la primera afirmación del Sr. Canalejas, no lo es menos la segunda. ¿Dónde, cuándo, ni en qué programa, documento ó discurso dijo ningún socialista del partido obrero español que la forma de gobierno les fuese cosa indiferente?

En cambio, en discursos, en artículos de periódico, en declaraciones solemnes y autorizadas, los socialistas hicieron constar que anetecían la República como forma de gobierno menos mala, y que no sólo no serían obstáculo á su advenimiento, sino que le auxiliarían.

Ciertamente, y de ahí dimana el error del Sr. Canalejas, que los socialistas combatieron á los republicanos, de seguro con exceso; pero ello era una necesidad de la propaganda y una imposición de la urgencia de diferenciación.

Tenían que buscar masas obreras para organizarlas como partido de clase, ¿las iban á buscar en los partidos monárquicos, que ni tienen hoy ni tuvieron ni obreros ni masas?

Había que buscarlas en el republicanismo y para ello era preciso atacarle; y que hubiera exceso, encarnizamiento no quiere decir que sea inexacto lo que queda escrito.

Partido naciente, el obrero, por ley de vida, tenía que afirmar y definir bien su personalidad, y más aún al republicanismo, era fatal é inevitable que dijese lo que le distinguía, lo que le separaba de él. ¿Podría ser de otro modo?

Que los monárquicos vieses en toda esta conducta sólo una acción disolvente y no constructiva, se explica bien, y hasta su alegría, y hasta el aplauso que prodigaban á aquellos «buenos muchachos»; mas un espíritu perspicaz habría caldo en la cuenta de que las nuevas fuerzas no eran fuerzas perdidas, sino transformadas. Y como las nuevas fuerzas eran

políticas y no podían ser monárquicas porque el ideal de ellas culmina en la desaparición del Estado como consecuencia de la transformación de la propiedad, era lógico presumir que en casos supremos su actuación sería siempre favorable á la forma de gobierno menos separada de este ideal.

Queden, pues, las cosas en su punto, porque es de justicia, y conste bien que aun siendo socialista el autor de estas líneas, no está afiliado en partido alguno.

J. J. MORATO

REGOCIJO

Como en otro lugar digo, es grande el que tengo estos días.

Al aumento de números que muchos corresponsales han hecho, se ha unido el de cuatro mil ejemplares que me ha pedido D. Victoriano Zarzosa, antiguo suscriptor de *Palerchia*, para repartirlos gratis durante las ferias que se están celebrando en aquella ciudad.

Y esto me prueba lo que he venido sosteniendo siempre, aun tocando grandes desengaños: que el día que el liberalismo diga: ¡ally voy!, va á ver la chusma clerical los muchos que somos, lo mucho que valemos y lo mucho que podemos.

ARDIETA

La apostasía y la conversión

He tenido tentación de escribir un libro sobre Ardieta, considerado como fenómeno de psicología científico-religiosa. Prestárame á dar una arremetida muy viva al clericalismo, ¡pero nadie lo leería! Sería un fracaso editorial. El pueblo español carece del sentido necesario para percibir el gusto y belleza de estos estudios. Una cabriola de escenario, un volapié de torero, esto nos entusiasma... Lo que nadie del mundo entiende, nosotros lo entendemos; y no entendemos, *no sentimos* lo que todo el mundo siente, á saber: el arte del mundo moral. Pertenece á otra especie.

Los clericales sí lo entienden. Sobre la mesa tengo *La apostasía castigada*, del que fué en su tiempo famoso *Jose Salmerón*. Es un libro de 460 páginas, en que aquel *clerical mestizo* saca á la mesa de disección pública el alma entera de *Tristán de Medina*, *sectario arrepentido*, según dice su infamador.

En este libro se trata profusamente de las relaciones de Tristán de Medina con los protestantes extranjeros y con el padre Jacinto Loyson, que acaba de fallecer. Al lado de esta diatriba clerical, tengo las obras del hijo del P. Jacinto: del genial Pablo Jacinto Loyson, director del bravo semanario *Les Droits de l'Homme*, en el cual se siente al día la gran palpación de la intelectualidad europea.

Jacinto Loyson ha muerto sin convertirse. Medina se convirtió.

La razón motriz del final de uno y otro apóstatas fué la misma: fué ese eje del mundo que llamamos *estómago*, que mueve á los

Papas á proclamar dogmas, á los príncipes á renegar de su religión y de su patria, mil veces juradas; al propietario á conservar á tiros la propiedad, y á los pueblos á las grandes revoluciones. ¡La Razón del Estómago!

Cuando el estómago y la razón entran en guerra, se revuelven en lucha encarnizada y sangrienta. La Razón es la Virgen sin más armas que su belleza; el Estómago es el tigre feroz de zarpas omnipotentes. La Iglesia, al declarar la guerra á la Razón, pactó alianza con el Estómago. Cuando puede azuzar del hambre al tigre, está segura del triunfo. Está segura, porque ella está en íntimo coloquio con Dios, y su Dios es el *Vientre*, á saber: los millones de San Pedro, los negocios, los presupuestos, las captaciones, los concordatos...

Y después de estas alianzas con el *Dios-Vientre*, la Iglesia toma el escudo de San Miguel y dice al mundo:

«Si Dios está conmigo, ¿quién contra mí? Y tiene razón; ¿quién va contra ella? Sólo los que están libres del estómago ó lo tienen fuera de ella.

Mucho trabajó el Papa para apoderarse del estómago del P. Jacinto, pues sabía que le era inútil intentar apoderarse de su conciencia. No logró prenderle con el hambre: Loyson murió firme en su fe contra el Papado.

A Tristán Medina le ocurrió lo contrario. El Estómago cayó en las redes del hambre, y... ¡se convirtió! Y luego Salomero, que en el libro demuestra no creer en nada ni haber creído jamás en nada, publicó su libro *La apostasía castigada*; como quien dice: «la honradez afrentada, la Virgen destrozada por el tigre, el cinismo patcando á la conciencia...»

Y este es el caso de Ardieta.

Mientras no sintió el hambre estuvo firme en su fe y estuvo diciendo á la Iglesia: *eres el centro de la bellaquería*. Pero vino el Hambre y el Hombre sucumbió, y fué á besar las manos de la Bellara, al estilo romano, al estilo judío y al estilo popular español, que condensó su filosofía en este refrán: «manos besa el hombre que quisiera ver cortadas».

De este modo se besan el Papa de Roma y el Emperador de Alemania y el Zar de Rusia y el turco; se besan... porque no pueden cortarse el uno al otro la cabeza.

De este modo besan la sandalia del Papa muchos cardenales; la sandalia de los cardenales muchos obispos; la de los obispos muchos canónigos; la de las duquesas muchos lacayos...

Con muchos liberales ilustres he hablado de Ardieta. Todos han dicho:

—Se comió la conciencia; sacrificó su dignidad al estómago... dicen.

¡Muy bien!... Es cosa fea ésta; es cosa horrible.

Nada más horrible en las páginas de la Historia que los relatos de los grandes *síntos por hambre*.

Los sitiados comienzan por comerse los gatos, luego los perros, luego los inmundos ratones, y después... Y después se comen los padres á los hijos si éstos son los más débiles, y los hijos á los padres si es viceversa. Y cuando se han comido unos á otros y no queda más que uno, si el hambre continúa se come á sí mismo y se maseca los puños, y se comerá sus propios hígados si pudiera comer sin ellos.

¡Horrible, horrible!... ¡Un hombre comiéndose los puños!...

Todo el mundo se horroriza ante esta idea. Sin embargo, nadie se horroriza de ver á diario á la casada joven *comerse* el honor del hogar, á la doncella *comerse* la vergüenza, al empleado *comerse* la probidad, al magistrado *comerse* la justicia, al ministro *comerse* el juramento, al príncipe *comerse* el pueblo, al Papa *comerse* á Cristo... Los que nunca se comieron nada de eso llaman á los otros pillos...

Pero viene un día el Hambre... Y el hombre probo, honrado, digno y virtuoso, es arrastrado por la soga del hambre á la puerta del pillo y del canalla, y á decirle entre genuflexiones:

—¡Oh, sabio, te admiro! ¡Oh, poderoso, te venero!...

Y el otro le contesta:

—¡Oh, necio; oh, desarrapado; oh, miserable!... ¿Dónde tienes tu honradez, si llevas los bolsillos vacíos? ¿Cómo no te cubre el cendal de la virtud y enseññas por entre los rotos de la camisa las vergüenzas de tu cuerpo? ¿Quién te convirtió de despreciador mío en adulador? ¿Por qué has dejado de encomendarte á las virtudes y vienes ahora á implorar misericordia á los vicios?

Ya lo sabéis, Catones de Ardieta, de Medina y de tantos otros que se comieron y se están comiendo la conciencia, el pudor del alma y la dignidad de la creencia: ya lo sabéis.

¿Quién convirtió á Ardieta? El jesuita Parés lo dice:

—Nuestro Dios católico le tocó el alma.

Quiere decir: le cogió el Estómago. Este «Dios omnipotente» envió la gracia del hambre al miserable, y le convirtió de hombre lozano en carcamal; de vecino satisfecho y apacible, en famélico terrible; le secó los jugos del cerebro y le hinchó de vacío el estómago... y entonces comprendió lo que nunca había comprendido con saber tanta filosofía, á saber: «*príus est esse quam operari*» primero es el vivir... y luego el pensar. O como dice Santo Tomás: «Si bien cuando se es rico mejor es filosofar que enriquecerse, cuando se es pobre, mejor es enriquecerse que filosofar»; porque ¡ay! muchos vientres viven sin cerebro; pero cerebro sin vientre no se ha visto ninguno todavía.

Con razón, con razón la Iglesia jalea la conversión de Ardieta.

—¡Venciste, Galileo!

La gracia de Roma es irresistible. El hambre. Por esto siembra á manos llenas esta gracia. Hombre empobrecido, hombre envilecido.

¡Oh, Parés, captador de las fortunas de Pastrana y de otras mil! Debemos felicitarte.

Ardieta, con todo su talento, murió arrastrándose á tus pies, como reptil ante un elefante. Ni él podía llegar á menos, ni tú podías llegar á más. ¡Qué apoteosis de la humanidad y de la Iglesia! ¡Qué espectáculo más católico!

Jaléalo, Parés jesuita, jaléalo... Patea ante el público á ese Ardieta sabio, anciano, venerable... ¡Necio él! Supo descubrir los grandes horizontes de la ciencia, pero no supo engañar á ninguna vieja ni sacar la donación de ningún novicio... ¡Necio... necio... mil veces necio!

Quiso burlarse del Dios-Hambre, y se ha fastidiado.

Hubiese sido jesuita, y otro gallo le cantara.

¡Oh, Parés inmenso, jesuita perincrito, benemérito campeón de la Iglesia!... Ya ves cómo la prensa liberal jalea tu hazaña y te glorifica. Eres poderoso, inefable, adorable... Es decir, tú no: ¿quién eres tú? ¿qué personalidad tienes? Tú no: tú vales muy poco; quizás seas una cantidad negativa... El poder, la inefabilidad y la adorabilidad son... la *Imbecilidad*, la *Ignorancia* y la *Estupidez* de los Pastranas, de los cuales has sacado los millones. Toda tu sabiduría valdría nada sin esa estupidez: toda tu astucia fracasaría sin ese idiotismo... ¡Ignorancia, Estupidez!... ¡Albricias! Sois grandes... sois inmensas: lo dice Parés al publicar ante el mundo:

—La gracia de Dios tocó á Ardieta.

Y lo dice Ardieta besando de rodillas la mano de Parés, y diciéndole:

—Señor Harto: tengo hambre. ¡Pequé... sí, pequé: no cace ningún testamento de vieja, ni á ningún Rojas soplé su fortuna, ni hice contubernio con usureros, ni fui ladrón, ni fanático, ni hipócrita, ni sacrilego, ni seductor, ni di ejercicios á nadie, ni empleé los *tactos mamilares*, ni provoqué bascas y males de madre á las mozas, ni hice asociaciones de rameras!... ¡Pequé, pequé contra el Dios-Hartura y contra mi estómago!... Ahora me ha tocado su gracia divina: *tengo hambre*... Estoy convertido. la sinceridad pide alianza con la hipocresía: la miseria se arrastra ante la riqueza... Os ofendí... escandalosamente ante el mundo... ¡Perdón, perdón! ¡Pan, pan! Tengo una gran conversión en el alma y una grande hambre en el estómago... Yo escribiré una abjuración pública que diga á todos cuantos sepan leer:

—Aprended, sabios, á venerar á los necios. Escarmentad, probos, y temed á los villanos. ¡No pequéis... no seas necios... no os dejéis sorprender por la miseria que «os circunda como león rugiente...» *Abrenuntio Satanae*... ¡Atrás, Luzbel! ¡Abajo la conciencia! ¡Abajo la Razón! ¡Honrado y glorificado sea para siempre el rancho del Seminario!...

¿Que no es así?

Ese Parés lo sabe bien. Pónganse á mis órdenes el obispo Laguarda, el jesuita Parés y aun el propio general de los jesuitas, y yo respondo de que antes de un mes estarán *convertidos* á mi causa mejor que Ardieta á la suya.

Vengan á que les toquemos la Fe con el Hambre, y á las setenta y dos horas, fecha de entrada de la fiebre, se habrán olvidado de que son jesuitas y de que son obispos, para acordarse sólo de que son hambrientos. Y el uno se comerá el pectoral y el otro el crucifijo, si llegan sus encías á poderlos masticar.

He aquí la *conversión* de Ardieta.

Como la conversión de Ignacio á la Inquisición.

Y la de Pío VI á Napoleón.

Y la conversión del anarquista Salvador lograda por el jesuita Goberna. Mientras éste en Olot maravillaba al auditorio explicando las escenas de la conversión, vióse interrumpido por el extraordinario de los periódicos, en que Salvador publicaba una soberana tomadura de pelo al jesuita Goberna.

¡Quién hubiese podido recoger la última idea consciente de Ardieta sobre el jesuitismo!...

No pude recoger la última, que yo sepa; pero muchas de las últimas ó penúltimas, sí las recogí.

Y éstas son las que no publicarán los jesuitas.

[La conversión de Ardieta!... No se puede escribir sobre ella un libro que nadie leería... Pero sí deben cantarse las glorias de ese famoso *convertidor* que pasea por el mundo la conversión famosa... y famélica...]

S. PEY ORDEIX

Lo que dirán nuestros hijos

No es la conciencia de la miseria la que impulsa á los trabajadores á asociarse y á protestar contra la explotación. Es el sentimiento de la justicia. Los poderosos de la tierra, cuando se les habla de una huelga, entienden que se trata de una conspiración de esclavos. ¡Qué error tan supino! Los esclavos no protestan jamás. Sufren y toleran el yugo como le sufre el buey, pa lecen en silencio la carga como el estúpido dromedario. Quien protesta es el hombre libre, que tiene conciencia de su dignidad. Se na dicho que el heroísmo de un Alarico ó de un Gengis Khan fué tan sólo cuestión de estómago, y que en las epopeyas más gloriosas en que la Historia se deleita se estaba jugando el pan y la carne con dados de hierro. No es verdad. Jamás el estómago escribió en los anales del mundo una sola página, porque el hombre que sufre su imposición exclusiva es un irracional. Lo que han jugado todos los héroes y todos los rebeldes ha sido el imperio de la razón, y cada paso suyo es una jornada victoriosa.

El conflicto social no tiene carácter de animalidad egoísta por parte del obrero. Hambre ha habido siempre y también servidumbre, y, sin embargo, es nueva la protesta. Lo que no habido, hasta Marx, Kropotkin y Lassalle en las masas ha sido sentido jurídico, esa ansia verdaderamente altruista que nos hace trabajar por el porvenir.

La cuestión social lo es de estómago, precisamente para los hartos, porque es la hartura la que empequeñece. Para ellos no se trata sino de explotación, de repartos, sueldos y dividendos. ¿Queréis convencerlos de esta afirmación? No tenéis sino ver á las mujeres obreras recoger á los hijos de los huelguistas, mientras que las que se consideran elegidas, porque disfrutan de una fortuna pingüe, entregan los suyos á los frailes. Iniciado el conflicto, las unas miran á las cunas vacías; las otras, al cupón.

Algún día se habrá emancipado el proletariado, y entonces se sabrá qué clase de estímulos movieron á los bandos que hoy combaten con desiguales armas. Juz-

garán de ello nuestros hijos. Unos reventarán á sus madres, recordando que extendieron su amor á otros niños que padecieron frío y miseria. Otros abominarán de las auyas, que no tuvieron para ellos afecto ni calor, y que osaron abandonarles en manos codiciosas de fariseos.

ANTONIO ZOZAYA

Vindicación de Galicia

«No escasean los maliciosos ó nada reflexivos connacionales nuestros que se solazan poniéndonos verdes, según aseguran fidedignas personas que viajan continuamente por España, por haber caído en esta muy sesuda región, como en blando lecho, la tan perversa conjura vaticano-bragancista. A lo que pudiera replicarse: que se lo cuenten á los piráticos alemanes consabidos, á los ingleses y catalanes que andan en lenguas y á la imprevisión de ciertas autoridades harto conocidas, y nunca á los innumerables que amamos las nuevas y gloriosas instituciones de la vecina nación peninsular como propias; porque gallegos braccarios son los que tienen la dicha de gozarlas, y gallegos españoles nosotros.

Que el mercachiflismo balneario amparase escandalosamente esa lusitana barbarie; que un marqués profundamente explotador, de tan humilde como ridículo origen la apadrinase con tan visible como fracasada intención, y que el vaticanismo mundial se diera aquí cita para que el deudo de un brigadier inmortal, un varonil orensano y un concejal de Pontevedra se las diese en el mismísimo tasanario, son inevitables sucesos en que los que tal amor sentimos, llevamos de indubitable manera, la de ganar.

Sí; en esta tierra del buen sentido, sólo los clérigos saltatumbas, los chupacirios y todos los demás que la clerecía de los dos estados componen, los seglares fariseos, las señoritas y señoras idiotizadas por sus padres espirituales y todos los que en esa conjura ven el alma de su negocio, la sirven y la servirán.

Desde tan modesto escrito, es oportuno y muy humanitario decir á la frivolidad turnante que tan resignadamente sufrimos, que el no haber extrañado inmediatamente á los emigrados que acaban de tomar á Galicia como punto de reunión para llevar el incendio ciertamente monstruoso de la guerra civil á su patria, que en su parte más honrada y más inteligente los repele muy de veras, puede costar á los cien mil gallegos que trabajan allende el Miño populares y espantosas represalias, y que todo el cuidado que se ponga para que nunca acontezcan reuniones de esa tan infame índole aquí y en los demás puntos que lindan con Portugal, será poco.

¡Sonroja que nuestro país, tan fiel á la libertad en las carlistas contiendas, se enlo dara por la vaticano-bragancista basura!.

A este artículo, publicado por mí en *Las Dominicales* en 22 de Septiembre de 1911, añado este otro que acaba de ocurrir á mi mente:

Oportuna remembranza

Poco después de nuestra caída en el abismo *yankee*, entablóse en esa pirática Londres

«Hoy como ayer, mañana como hoy», la muy ruin negociación de un tratado, en-

tre el imperialismo alemán y el británico y el monarquismo fraticida portugués, para repartirnos de esta encantadora suerte: el uno se quedaría con Cartagena y algún otro puerto que no se nombraba; el otro con la bahía de Algeciras y con el derecho de internarse hasta Ronda, y el último con Galicia, Asturias, y parte de Castilla y Extremadura, quedando éste obligado á ceder á sus colegas, en reparto, sus colonias de África así: las del Este, á Inglaterra, y las del Oeste, á Alemania.

¿Por qué no se hizo ese reparto? Por haber ocurrido venturosamente para nosotros la formidable sublevación del Transvaal.

Se lo aplico á los hispanocidas de aquí que asalariadamente, ó sin salario, directa ó indirectamente, hacen el juego de la ibérica carnalada paivante, para que palpen, por decirlo así, el oprobio que tal juego representa, puesto que á las nuevas instituciones lusas no enloda ni por asomo tal remembranza.

Veritas

J. DE LA HERMIDA

Un buen consejo

Pues, señor, es el caso que hace algún tiempo falleció D. Mateo Muedra, legando al pueblo de Llaurl 14.000 pesetas en dinero y varias fincas rústicas, con objeto de fundar un establecimiento benéfico que perpetuara su recuerdo, y disponiendo que estos bienes los había de administrar cierto caballero, que al morir había de pasarlos al cura párroco, como efectivamente ocurrió.

Pasaron meses y meses y el párroco no rechistaba, pero el pueblo veía que las fincas legadas por el Sr. Muedra se transformaban, que en ellas empleaba el cura las 14.000 pesetas que tenía el sagrado deber de aplicar á fines benéficos, y que las fincas se iban convirtiendo en propiedades particulares.

Escamados los vecinos, acudieron en distintas ocasiones al párroco preguntando por el Asilo que se había de fundar, contestándoles siempre con evasivas, y prometiéndoles que en breve recibirían los pobres los primeros beneficios.

Cansados de tanta dilación, que tomaron al fin por burla y estafa, armaron hace días un jollin tremendo, y ¡cómo no vería el trasquilado por el vértice la cosa, que salió de estampía con más fatigas que debe alejarse del Purgatorio el alma que recibe el alta!

¡Oh respetables sacerdotes que manejaís fondos que no son vuestros, y disponéis de ellos creyendo que todo el monte es orégano!

Comprad un automóvil por si tenéis que imitar en lo de la fuga á ese de Llaurl.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

EL MOTIN



Emigración de vecinos de los pueblos de Guipúzcoa a la capital, huyendo de las partidas carlistas, el año 1873.

Ayuntamiento de Madrid

LES VIENE DE CASTA

Bien mirado, no deberíamos extrañarnos de que los carlistas fuesen ladrones, asesinos, incendiarios y violadores: les viene de casta, y bien haya quien á los suyos se parece.

En el número 31 correspondiente al mes de Agosto último, describí el acto aquel de sus antepasados, entrando Roma á saco á las órdenes del Condestable de Borbón. Hoy insisto sobre tal hecho, de que fué modesto remedo el saqueo de Cuenca en 1874, para demostrar que las cualidades características del soldado católico no varían con los siglos.

Y para dar sabor de época al relato, al par que para echármela de erudito, copiaré al pie de la letra uno de autenticidad indiscutible, aunque de autor desconocido, pero que bien pudiera ser el cardenal Loaysa ó el obispo Pacheco, que estuvo con el Papa en aquel trance.

Este curioso documento se halla Manuscrito en la Biblioteca Nacional, en un libro en pergamino con la signatura G c 59, folios 54, 55 y 56, entre otros documentos oficiales de la Embajada.

TRASLADO

de la carta que se escribió Sobre el saco de Roma Por el Ex^{to} del emp^r Carlos Quinto mandado oor el duq. de Borbon siendo sumo Pontifice Clemente sep^{imo}.

SEÑOR.

El lunes q. fueron seis de mayo de 1527 el felice exercito de la Md^a Ca^a arri-
vó á los muros de Roma al alva del día sin golpe de Artilleria con tres o quatro escaleras q. hallaron en las viñas, a escala vista y vatalla de manos, estando en la defensa cinco mil soldados y mas de treinta mil otros de todas naciones.—Mas por divina Providencia y por fuerças humanas, los n^{ros} entraron por la vanda del Burgo que se a de notar q. el Burgo con Roma es como Triana con Sevilla.—Siendo entrados los unos, los otros se pusieron en huida y siguieron el alcance hasta San Pedro y el sacro palacio q. es todo junto y en Rededor de los altares y Capillas y por las Camaras del apost^o. y por todas las otras partes del Burgo era tanta la multitud de los muertos asi hombres como animales q. apenas se podía pasar de una parte a otra.

El PaPa con hasta treçe cardenales, y docientos soldados q. quedaron bivros y otras pers^{nas} amigas é de su familia, en cantidad de mil y docientas pers^{nas} (q. no hombres pues no lo son) se Retrujeron al Castillo—Los n^{ros} dejando algun Recaudo, en la guarda toda. La otra multitud, estando las Puertas proveidas de bestiones de artilleria y otras defensas sin aver Resistencia que los detuviese,

Pasaron á la ciudad y en poco espacio fueron Señores de todo con daño de los de el Papa—entre todos murieron hasta ocho mil hombres y de los n^{ros} pocos mas de docientos y la pers^{na} de mons^r de Borbon Capⁿ General q. en verdad fue muy grande perdida Balerosa pers^{na} y muy querd^o de todo el exercito.

Luego que los nuestros fueron Señores sin ninguna Contradición, començo el saco sin reservar ningun genero de pers^{na}, todas las iglesias monasterios de frailes y monjas.

San Pedro con el aposento del Papa.—en ninguna iglesia quedó caliz ni patena, ni cosa de oro ni plata, las Custodias con el Smo Sacramento y Reliquias santas echavan por el suelo por llevar los guarnimientos—Las Vestimentas y otros ornamentos Sin dejar ninguna cosa todo Robado sin ningun Respeto con tanto desacatam^{to} Como si fueran turcos p^r esto se puede considerar que se hiço en otras partes quando en los templos se hizo tal obra—no quedo ninguna casa de amigo ni de enemigo que no fuese saqueada v Robada con tanta celeraçión como lo hicieran infieles.

Ya que las casas fueron saqueadas començaron a dar tras las pers^{nas} y como de buena guerra tomaron por prisioneros q^{to} hallaron. En muchas casas assi de Cardenales como de otras pers^{nas} principales se compusieron con los soldados q. a ellos vinieron p^r no ser saqueados, qual por veinte mil qual por treinta mil qual por quarenta mil ducados por mas y menos.—Si la conveniencia hicieron españoles, venian tudescos hallandose mas pujantes y saqavan las casas.—y por el contrario—los españo^{les} lo q. tenian asegurado los tudescos, y despues el que avia hecho la iguala quiso sobre las pers^{nas} la talla hecha y fueles pagado en los generos de gentes, asi eclesiasticas como seculares.—fueron hechas enormes crueldades porq. se Rescatasen y descubriesen si algo tenian escondido: a unos colgaban de los pies á otros de las manos, a unos con agua á otros con fuego, fueron enormes tormentos los q. se dieron.—a pers^{nas} delicadas Reverendas y de Buenas Costumbres.—los tiranos los trataron con tanta crueldad quitando las mugeres á sus maridos, los hijos de las madres y tales uvo q. yo conosco que pagaron la talla por si y por su muger y hijos y esclavos y criados y era q. lo q. uno de,ava venia otro y lo tomava y como cayeron en diversas manos fueron diversos los Rescates.—Muchos frailes abades fueron muertos q. ninguno escapó de los q. en aquel tiempo fue hallado: otros muchos fueron vendidos y otros Publicam^{te} puestos en juego de dados.—El obispo de Potencia viejo de ochenta años venerable pers^{na} era pobre y no quiso prometer tanto Rescate como le pedian.—despechóse uno de sus amos y echole la espada por el cuerpo y matole —al Ca denal de la Minerva trujeron por las calles en calças y jubon y un soldado puesto su Capelo.

Al obispo de Terrachina de edad de

noventa años le tomaron treinta mil ducados y no queriendose Rescatar lo sacaron á vender al mercado con una paja en la Cabeza como á bestia, otro obispo y otros muchos eclesiasticos y seculares fueron vendidos Publicam^{te} y apreciados y jugados y pagado el Preçio en q. fueron ganados q. por evitar prolijidades no nombro.—Muchas q. oy conosco monjas buenas religiosas sacadas de sus monasterios vendidas entre los soldados a uno a dos ducados y mas o menos precio—de tal efecto ved señores q. puede resultar.—y lo peor de todo es q. faltan mas de doscientas Romanas q. por ser principales haçe de ellas mençion la hista.

No se q. diga sino q. no se crea q. vinieron extrañas naciones a haçer estos males, españo^{les} a españo^{les}—tudescos a tudescos—y talianos a talianos y por el contrario sin tener Respeto a naturaleza y proximidad deudo ni amistad, todos los que entraron fueron enenigos.

A la casa del embajador de Portugal, se acogieron mucha parte de los españo^{les} q. aqui avitavan asi eclesiasticos como seglares con sus mugeres y familias y tambien algunos Romanos y Romanas: tenian hechas sus defensas—y llegado un escuadron de españo^{les} como amigos les abrieron las puertas y luego començaron a saquear y tras ellos entraron tudescos los unos y los otros se dieron á tan buen Recaudo que en poco espacio escombraron toda la casa q. en verdad pienso q. valia un millón, lo q. en ella estava de oro plata y joyas y cosas Ricas—y ademas del Robo llevaron presos la todos los q. alli estaban: solo el embajador y el Secretario se quedaron en Calças y Jubon, por manera q. no quedó Casa tan pobre ni tan Rica donde no ubo lloro y miseria.—Lo q. yo puedo juzgar y otros muchos, q. pasan de diez millones lo q. vale el saco y poco menos el daño q. an hecho en las eredades y sementeras q. es gran cosa.—Los prados el bestiamen de todas suertes q. es numero infinito y cada día salen a haçer correrias y a Robar los Campos y los Caminantes q. es cosa admirable.

Pero no quedan sin castigo: q. la pestilencia v la hambre los acavan—Con el primer impetu destruyeron y consumieron las vituallas: despues valió una haneaga de pan amasado quince ducados—una gallina un ducado—un guevo un Real, y todas las cosas deste modo, por manera q. de hambre y de peste murieron quatrocientos quinientos y seiscientos al día—y muchos soldados son muertos especial^{te} tudescos.

En los principios pensando los n^{ros} q. avian de salir a pelear con el Campo de la liga q. lleço á cinco millas de aqui, les Cosas balian mui baratas—la libra de la Plata a quatro o cinco ducados—Perlas y Piedras en Joyeles por falta de conosim^{to} del q. lo tomo davan pcr dos ducados lo que valia ciento—tapicerias y cosas de casa y bellos atavios por casi de balde—Vi vender doce paños de tapiceria de oro riquisimos y una alomba de

seda bellissima, todo por quatro^{tos} y cinco^{ta} ducados—después q. el campo de los enemigos se retiró y los n^{ros} estan de Reposo, an venido mercaderes forasteros y an subido algo el precio—el Papa estuvo sitiado desde seis de mayo hasta ocho de junio q. vido q. sus aliados se Retrujeron—perdió esperanza de ser socorrido y los nuestros hicieron venir artilleria gruesa de Napoles—No quiso esperar el Combate y Rindiose con partido de pagar quatro cientos mil ducados por q. el Castillo no fuese saqueado y fuesen libres los q. con el estavan (su persona, y los Cardenales quedan prisioneros del Emperador, estan Retenidos en el Castillo hasta q. su mag^a escriba) tienelo a Cargo el señor Alarcon, a dado Pestilencia dentro, querrianlo llevar a Gaeta y no osan por los soldados q. no lo consienten hasta ser pagados.

Concluyo diciendo q. siendo Roma Caveça de la christiandad no se tañe. Campana, no se abre iglesia, no se dice misa: no ay domingo ni fiesta, no ay viernes ni sabado. Las Ricas boticas de mercaderes son establos de Cavallos—los presiosos edificios perdido su lustre—muchas casas quemadas y derrocadas, las Puertás y finlestras de las otras, Rompidas y quitadas—las Calles hechas muldares—la hedentina de los muertos cosa aborrecible—los animales y los hombres en igual sepultura, los q. amanecen muertos por las calles ponen grima y tales e visto centro la iglesia, comidos de perros, en las Plazas y lugares escombrados llenas de tablas donde se juegan gran cantidad de ducados e muchos por no perder tiempo echan los dados en el suelo. Los Reniegos y blasfemias es cosa p^a q. los buenos si algunos ay deseen ser sortos—no se q. diga ni a q. lo compare q. escepto la destruccion de Jerusalem no creo q. aya acontecido otra cosa igual a esta y no ha sin Razon q. si biviéra doscientos años y no biera este día e aora lo conosco e conosco la Justicia, q. aunque tarda no olvida—en Roma se usavan todos los generos de pecados mui descubiertam^{te} e casi general en todos Sodomia y idolatria—Simonia y pocresia, imposiciones sobre la República, asi del tiempo pasado como puestos por este Pontifice.—Cosa admirable q. tenia panaderos e carniceros, puesta gavela sobre las escobas, sobre las ollas, sobre los q. de su sudor bavian, echando cargas sobre los açacanes—sobre todos los generos de cosas q. no podré explicar por menuendo, las nuevas imbenciones de tiranizar y aber tomado Dios la qu^a toda junta—esta cosa podemos bien creer no es venida por acaecim^{to} sino por divino juicio y muchas señales a avido, de las q. me acuerdo haré mencion—El primer Jueves S^{to} después de la eleccion de este pontifice no uvo ninguna señal porq. aun su animo estava quieto—el segundo Jueves S^{to} estando en la Gran Capilla el Papa y Cardenales y multitud de prelados estando disiendo el oficio en presencia de todos, el belo del altar se quemó sin quedar cosa ni aver ningún fuego tan cerca

donde se pudiese prender—El tercero Jueves S^{to} hecho el oficio, puesta la custodia con el S^m Sac^{to} en el altar de la Capilla en presencia de muchos, sin tocallé nadie, la Custodia cayó en tierra y se hizo pedazos.—El quarto Jueves S^{to} estando el Papa echando la bendicion en una baranda donde se suele poner, ante diez mil personas, un loco desnudo en cueros, solamente cubiertas sus verguenzas, se subió sobre un San Pablo de piedra q. está en las gradas de la iglesia e alzó los ojos al Papa e dijole «Sodomita bastardo: por tus pecados serd Roma destruida: confiesate y conviértete y si no me quieres creer de oy en quinze dias lo veras» y así fué en aquel día la destruición—Tuvieronlo preso hasta q. vino el exercito y lo sacaron. Este propio mas de seis meses antes andava gritando por las calles: «Sodoma confiesate—conviértete, sino presto serás destruida!» tambien el otro saco q. se hizo en el Burgo quando entró Don Hugo el año pasado fué amenaza el día q. entraron los n^{ros}. Aora hizo una neblina al entrar q. apenas se conocian los unos á los otros q. los q. estavan al muro disen q. con la cegasion no los vieron entrar solamente oian el tumulto. Después q. fueron dentro hizo tan claro día q. vieron bien a seguir su victoria † Grandes cosas vemos en n^{ros} días q. aunq. no sin daño y fastidio huelgo de ser testigo de vista.

Después de leido el anterior docu^{to} r^{ento}, nadie dudará que los soldados genuinamente católicos siguen siendo en el siglo xx tan ladrones, tan asesinos, tan incendiarios y tan violadores como en el siglo xvi, porque no pueden ser otra cosa.

Y no se diga que obran de ese modo por defender la religion y sus ministros; pues me parece que el Papa, los cardenales y el clero de Roma en el siglo xvi, podrian tener todos los vicios y faltas que se quisiera y cometer delitos y hasta crímenes; pero nadie, sin incurrir en pecado de mentira, podría regar que eran perfectos católicos, y de la clase extra.

Y si de ese modo trataban los de entonces á su Pontífice, á sus cardenaks, y á sus curas y á sus frailes, ¿cómo extrañarnos de que los de ahora asesinen alevosamente á todo individuo que huela á liberal, ui que lo hagan traidoramente y con premeditación y alevosía?

Hay que hacer justicia aun á nuestros enemigos y admirar su fusilable consecuencia.

Infamias de la impiedad

Por la Audiencia de Digne (Francia), han sido condenados á varios meses de cárcel el obispo Castellou y el canónigo Barbarony. ¿La causa? Una pequeñez: que en complicidad con una aita dama católica, llamada Blanca Martín, se adjudicaron unos novecientos mil francos, pertenecientes á los fondos del obispado de aquella diócesis.

La dama ha huido á América y los dos distinguidos ministros del Altísimo han ingresado en la cata de poco trigo.

¡Maldita impiedad, y como se ceba en la virtud!

Tienen mucha razón los clericales para quejarse de estos tiempos abominables, en que los ministros del Señor no pueden siquiera apoderarse de lo ajeno sin exponerse á que los midan por el mismo rasero que á los ladrones laicos.

Bendígamos á la Providencia por haberse dignado hacernos nacer en un país donde no se cometen tan infames sacrilegios y se sabe distinguir entre clérigos y seglares.

¡Los buenos padres!

Continuemos relatando sus hechos y proezas insignes: todo ello, eso ya se sabe, para mayor gloria de Dios, máxima herética inventada por la Compañía, pues en buena teología es de clavo pasado que la gloria de Dios no es susceptible de aumento ni de baja; pues aunque toda la humanidad chorrease santidad por los cuatro costados, la gloria de Dios no subiría un milímetro, ni tampoco bajaría aunque todos los hombres fueran unos monstruos de iniquidad. Pero, en fin, los jesuitas afirman que ellos y los que les secundan dan gloria á Dios, y no así como se quiera, sino la mayor.

Antes del levantamiento de Portugal había en Evora un Gobernador, que sabía muy bien que los jesuitas eran águilas veloces cuando se trata de su interés, y tortugas pesadas cuando nada tienen que ganar, aunque haya provecho del prójimo y servicio de Dios.

Sucedió un día que un pobre hombre, estando muriéndose, envió á media noche á buscar á un jesuita para que le confesase, pero el hermano portero contestó que los padres no salían de casa de noche, y el buen hombre murió sin confesión. Supo el lance el Gobernador, y mandó á un criado suyo una noche al colegio de los jesuitas fingiendo que iba á buscar un confesor para una pobre mujer que se hallaba enferma; después de largo rato de golpear á la puerta salió el hermano portero muy mal humorado, y oída la petición, se fué á consultar con el padre Rector; y después de largo cabildeo volvió diciendo que avisara al cura de la parroquia, porque los padres no salían de noche. Cuando el Gobernador lo supo decidió darles un escarmiento, y pasados unos días envió dos criados suyos una noche diciendo que después de cenar había tenido un ataque de apoplejía, y que viéndose en peligro quería confesarse; se fueron los criados y tras ellos salieron dos jesuitas enseguida; pero el Gobernador con la ronda les salió al encuentro y les preguntó quiénes eran y á dónde iban.

—Somos dos padres de la Compañía que vamos á confesar al Gobernador, que se está muriendo.

—Eso es falso, porque el Gobernador soy yo y me encuentro bien: vosotros sois dos ladrones disfrazados.

Y los envió á la cárcel, en la cual pasaron toda la noche. Habiéndose enterado del caso el Padre Rector fué á buscar á sus religiosos á la cárcel, y se dirigió al arzobispo para que procediera contra el

Gobernador; pero éste no los quiso soltar hasta que realizó una investigación en toda regla y después de haber oído á numerosos testigos que los conocían como á tales jesuitas, en cuyas operaciones se pasaron dos días largos con gran disgusto de los jesuitas y de su rector, y no pocos gastos. El Gobernador se excusó diciendo, que como sab á que los jesuitas no salían de casa por la noche, ni aún para ir á confesar á los moribundos, al encontrarles en la calle pensó con mucho fundamento que eran malhechores disfrazados, y que cualquiera autoridad en su lugar hubiera hecho lo mismo. Este caso lo refirió á muchas personas de la época en Granada el hermano coadjutor Pantaleón de Almeida.

Los jesuitas de Granada tenían propiedades en un pueblo llamado Caparacena, distante dos leguas de Granada, y á su frente tenían al hermano lego Baltasar de los Reyes. Para distraer sus ocios trabó amistad íntima con una mujer casada del pueblo, amistad que era del dominio público, aunque el marido lo ignoraba, recibiendo del jesuita muy buenos salarios por su trabajo. Al fin supo un día su deshonra y decidió vengarse. Vino el hermano coadjutor á casa de su amante ignorando que estuviera el marido, y cuando estaba más acaramelado, salió de improviso y lo mató á puñaladas, tirando después su sombrero al aire y diciendo: ¡Fuera cuernos!

Cuando el P. Rector del colegio de Granada se enteró del caso se fué á Caparacena con un notario, y con dinero y promesas logró que los testigos que en la información que hizo la justicia habían declarado en favor del marido, se desdijeran ó tergiversaran sus declaraciones, consiguiendo que muchos declararan que el hermano Baltasar era un santo, que siempre llevaba el rosario en la mano, etc. Con estos datos y testimonios comenzaron ruda persecución contra el esposo vengador de su honra, hasta que consiguieron que lo ahorcaran, é hicieron imprimir todo el proceso y lo repartieron profusamente por todo Granada, haciendo resaltar que no existían tales relaciones ni adulterios, que su hermano coadjutor era un dechado de santidad, y el esposo un vulgar asesino, con lo cual la memoria de éste quedaba deshonrada y el crédito de la Compañía cimentado y limpio de sospechas. Ignoramos si el hermano Baltasar de los Reyes figurará como mártir en alguno de los martirologios de la orden, lo cual no sería difícil, pues ya hemos visto que en ellos figuran asesinos, regicidas, rebeldes, conspiradores, traficantes y chanchulleros, etc., etcétera, condenados á la horca y á la hoguera por tribunales muy justos y católicos.

FRAY GERUNDIO

Dos rayos impíos

¡Pícaros rayos, y qué impíos se han vuelto!

En el convento de monjas de Santa Clara de Manresa cayó uno que derribó un tabique, cogiendo debajo á cuatro esposas del Señor.

Y en Cracovia (Polonia), otro se introdujo en un templo católico donde se ballaban orando algunos fieles, y mató á cuatro é hirió á más de veinte.

Nada digo al rayo de Cracovia, porque

hallándose tan lejos, hubiese sido para él un poco molesto venir á destrozár la redacción de EL MOTIN, ó, por lo menos, á mi endiablada persona.

Pero á ese de Manresa sí quiero increparle.

¿Por qué, miserable, no viniste á caer en el número 52 de la calle de Alberto Aguilera, y hubieras podido hacer un favor, dejándome seco, á los clericales que rezan con los labios al Dios que dicen que te envía?

Abomino de ti, por impío.

El requeté

A la pillería de diez á quince años que acompañaba á los defensores de la religión, la llamaban el *requeté* (flor buena en vascuence).

Su entrada en las poblaciones causaba hondo espanto; gritaban: ¡viva la religión!, y acto seguido se ensuciaban en Dios, insultaban á los ancianos, atentaban en medio de la calle al pudor de las mujeres.

Nadie caía en sus manos sin verse despojado de dinero y de reloj; quitaban las prendas de vestir á los prisioneros, dejándoles casi en cueros; á los cadáveres de los fusilados los despojaban hasta de sus ropas interiores, después de hacer con ellos las más repugnantes atrocidades.

Allá va una de las fusilables hazañas que el *requeté* realizó á las órdenes de aquel gran canalla que se llamó Cucala, y de quien la prensa clerical dijo al morir que había muerto como un santo, confesando y comulgando como acobran todos los bandidos.

En el combate de Játiba, sostenido por la columna Arrando contra las facciones de Santés y Cucala, un destacamento de tropas liberales apostadas en una ermita se vió envuelto por los carlistas y separado de los suyos. A pesar de su aislamiento, aquellos valerosos soldados resolvieron morir gloriosamente, y siguieron haciendo fuego.

Esta resistencia desesperada dió miedo á Cucala, que los atacaba, y apeló á la mentira y á la traición para vencerlos. Dijo al jefe que cesaba el fuego, pues los dejaría partir en libertad para incorporarse á los suyos, y se comprometió, bajo palabra de honor, á cumplir la capitulación. Pero así que los soldados entregaron las armas, los manió y se los llevó prisioneros.

El miserable recorrió la provincia de Castellón, llevando á retaguardia de su partida aquella compañía de soldados liberales vencidos por la traición, siendo el *requeté* el encargado de guardarlos; inútil es decir lo que sufrirían.

En Nules, y al salir la partida para Onda, mataron á bayonetazos á uno de los soldados, porque tardó en acudir al toque de llamada.

En el camino asesinaron á otro, porque tenía los pies entumecidos y andaba con dificultad.

En Onda los prisioneros fueron encerrados en la casa del Ayuntamiento.

Corrió la noticia de que Vallés iba á llegar de un momento á otro y los pondría en libertad, respetando aquella capitulación de que se burlaba Cucala.

Esto bastó para que por la noche la granjería del *requeté* entrase en la Casa Consistorial y acabase el despojo de los prisioneros sable en mano, golpeando á los soldados y robando á los oficiales las levitas y los relojes.

Al mando de aquella gavilla de ladrones iba el hermano del asesino Cucala.

Y todo esto se hacía en honra y gloria del carlismo, que se preparaba á gobernar el país corrompiendo la juventud y avezándola al latrocinio, al asesinato, á la violación y al incendio.

¡Cuántos infames del *requeté* habrá ahora por esos conventos rememorando, de hombres ya maduros, los crímenes que comenzaron de niños!

Los Crímenes del carlismo.

1897.

—¿Qué es lo primero que toman de los europeos los pueblos salvajes?

—El alcohol y el cristianismo: los dos grandes narcóticos de Europa.

—¿Qué es lo que les hace degenerar más rápidamente?

—Los narcóticos de Europa.

FRAILES Y TOREROS

En Melilla, según informes de la prensa, se han echado ya los cimientos de dos grandes edificios, destinados ambos á ejercer una gran influencia en el porvenir de España en aquellos dominios africanos.

¿Tal vez una Universidad y un Instituto? ¿Una escuela comercial y otra de agricultura? ¿Una academia de ingenieros y otra de lengua árabe?

Nada de todo esto. Los dos grandes edificios que se han empezado á construir en Melilla son... Un convento de Franciscanos y una Plaza de Toros.

He aquí los dos grandes elementos de civilización con que cuenta España bajo el Gobierno democrático y socialista de Canalejas. He aquí los dos prototipos del civilizador español en tierras conquistadas: el fraile y el torero.

¿Qué concepto de la civilización tendrá el Gobierno de la actual monarquía, cuando sobre un pedazo de tierra africana conquistado á costa de tanta sangre española, la hace ya feudo de frailes y toreros?

El fraile y el torero serán, en los dominios españoles de África, los dos enemigos naturales de sus habitantes. El fraile será el enemigo natural; el torero, el enemigo económico.

Moralidad y riqueza necesitan las naciones para engrandecer y civilizar sus colonias, y eso lo sabe muy bien Inglaterra, por tenerlas, y lo sabe también España, por haberlas perdido.

La raza musulmana es hoy la raza más fanática del mundo, más aún que la raza de nuestros católicos, y lo que con más celo guarda del patrimonio moral de sus antepasados es el amor á Alah y á Mahoma y el odio á los cristianos.

Ponerle á un musulmán un fraile por delante, es excitarle á la rebelión, es atentar al sagrado de su conciencia, es hacerle odioso y repugnante al dominador, y antes de abdicar de sus profundas creencias preferirá perder la vida.

Así, el fraile en Marruecos no es un elemento civilizador, sino un elemento destructor, aniquilador, y mientras él esté presente, encendida estará la guerra entre los naturales y los españoles.

Por esta misma incompatibilidad religiosa, duró desde Carlos I á Felipe IV la guerra en las posesiones españolas de Europa, Países Bajos, Irlanda, Alemania, etcétera, con los indios americanos y oceánicos, pues por no querer estar bajo el duro yugo de la religión católica, no perdonaron sacrificio hasta verse libres del poder español ó quedar exterminados.

Sin esa desastrosa influencia del fraile, España sería hoy la primera potencia del mundo. Hoy dicen que es la primera potencia celestial.

Pero España, bajo el régimen monárquico, no escarmienta y sigue en sus trece de buscarse más quebrantos en la tierra á cambio de conquistarse mayores recompensas en el cielo.

En cuanto á la influencia del torero en los países dominados, no es tan nefasta como la del fraile, pero poco en zaga le va.

En país sometido á la influencia de otro para que su dominio sea moral y estable, el dominador debe cuidar que su influencia sea culta y benéfica en cuanto sea posible.

Debe procurar que su influencia y superioridad sobre el pueblo sometido se ejerza y manifieste en actos de una cultura superior, por medio del arte y de la moral, á fin de que se le aparezca como un pueblo superior, ante el cual se debe inclinar.

Debe procurar también que el resultado material de la nueva vida á que le incline y someta sea un mayor bienestar material, una mejor posición económica, y esto no se consigue con la implantación de la fiesta de los toros.

No hagamos arma del viejo argumento de que el espectáculo de los toros despierta instintos sanguinarios, tan avivados ya en la raza musulmana; apuntemos el dato cierto é innegable que la plaza de toros de Melilla será como un pozo sin fondo donde se echen miles y millones sin resultado alguno. Ni toreros, ni ganaderos, ni empresarios, serán elementos adictos al país; serán sólo peninsulares de paso, con el único fin de reunir grandes cantidades de dinero que sin cesar vendrán de Melilla á la Península, con detrimento de la economía y de la moral de aquellos colonos indígenas.

Francamente, á esto no puede llamár-

sele elemento civilizador español, pues es tan destructor y embrutecedor como la influencia del traile.

Pero es probable que se consiga una cosa no del todo despreciable, y es que cuando un buque extranjero se aproxime á Melilla y vea destacarse la mole del convento y la de la Plaza de Toros, la tripulación exclame sin vacilar:

—¡Ya estamos en España!

KOSMOPHILO

Lo esencial para una mujer no es tener director espiritual, sino vivir de manera que no lo necesite.

Pocos, pero buenos

El cardenal Aguirre, mi obispo, dice que los anticlericales del orbe entero componemos una minoría muy exigua.

No ha podido elogiarnos más. Si siendo tan pocos hacemos andar de coronilla á todos los representantes de la Iglesia, desde el Papa al último monago, á pesar de que cuenta con la promesa de Cristo de que nunca la abandonará, ¿qué no ocurrirá ¡cielos divinos! el día que las filas de las gentes de sentido común se nutran un poco más?

Me enloquece pensarlo.

Conquistemos campos y aldeas

El conformismo español es consecuencia de la incultura inmensa del país. Es un conformismo por ignorancia, por ausencia del *sentido de lo mejor*; y el sentido de lo mejor es exactamente el *ideal*.

GABRIEL ALOMAR

Recorred campos y aldeas, observad á campesinos y aldeanos, y observaréis su pereza mental. Sus funciones cerebrales están circunscritas á un círculo estrechísimo: la lluvia, la cosecha, el precio de los frutos. En esa esfera gira su pensamiento, atrofiado por falta de función. El señor cura, el amo y el cacique se encargan de pensar por sus siervos y de embutir en el cerebro de éstos ideas ya forjadas á la medida que aquellos rabadanos estiman conveniente.

El *vendeano* se ha reproducido en España, por el abandono en que tanto el Estado como los propagandistas de ideas nuevas y grandes han dejado los campos y las aldeas. Campesinos y aldeanos practican el conformismo porque carecen de horizontes, porque sus cerebros permanecen completamente cerrados á toda dinámica, á todo lo que no sea rancio, á todo lo que no sea predicado por esa gente que, entre la sencilla y maliciosa—que ambas cosas es á la vez—población rural, pasa por venerable y sabionda.

Así podéis escuchar al cura, al amo, al monterilla, decir ufanos: «Mis feligreses, mis medianeros, mis pagos, votarán por quien yo quiera», ó bien: «Allí no se hace más que lo que á mí place.» Se ha hecho de la población rural una masa gregaria opuesta al progreso en todos los órdenes; se ha hecho de esas multitudes incultas

nna fuerza que oponer á la energía de las ciudades; se ha hecho del campesino un ser hemiacéfalo, desconfiado, á quien sólo pueden sacar de su atonía los dolores físicos ó las prédicas de quienes se han constituido en elementos reguladores de la vida rural.

Y como esos elementos son conservadores porque así conviene á sus particulares intereses, el campesino vive conforme dentro de su miseria, acóplase á ella, y cuando alguna desgracia le sucede, ahí están Dios, el Gobierno y el liberalismo para responder de la falta de progreso en los procedimientos de cultivo, que origina las malas cosechas, de los latrocinios de los señores y de las maldades del cacique. ¿Cómo investigar causas ni estudiar efectos cuando se carece de la costumbre de pensar, cuando está prohibido pensar, cuando pensar constituye un delito que el cura, el señor y el cacique—tres personas distintas que á veces no son más que una sola—hacen pagar muy caro?

Comparad al obrero del campo con el de las ciudades y hallaréis entre uno y otro casi la misma diferencia que entre un ser primitivo y un civilizado. Sólo un ligero barniz de civilización cubre la epidermis de nuestros campesinos. Hablad á éstos de otra religión que la católica—que no conocen más que por sus rezos—y os harán la cruz como al diablo. Habladles de la República, y ó no os entenderán ó os tomarán por un poseído. Así les han educado, y están tan adheridos á las ideas embutidas en su cerebro, como la ostra á su concha. Todo en ellos es atávico, todo en ellos es prejuicio, todo en ellos es ancestral. No busquéis en su cerebro nada nuevo ni progresivo, desconocen el significado de la palabra Democracia y del vocablo Libertad. Han nacido siervos y será preciso luchar con ellos para imponerles lo que Alomar llama el *sentido de lo mejor*. Tienen adentrado en las entrañas el *sentido de lo peor*, y será necesario desgarrárselas para que arrojen de ellas el violento corrosivo.

Y es inútil emplear con el campesino el acicate del libro; no leerá, ó por ser analfabeto ó porque el cura, el señor ó el caciquillo diránle que aquello es cosa del diablo ó de malvados. A la población rural hay que educarla con la palabra, hay que ir hacia ella con gran cautela si se quiere anular la funesta obra de sus rabadanos, haciéndole comprender que en la Democracia, cuyo dogma consigna la libertad individual; que garantiza los derechos ciudadanos poniéndolos al amparo de las leyes y preservándolos de los ataques del cacique, del cura y del amo; que marcha hacia la relativa igualdad social y hacia la fraternidad universal; hay que hacer comprender al campesino, por medio de continuas predicaciones qué horaden su costra cerebral, que en la Democracia está su redención.

El obrero de las ciudades, dueño de cierta cultura, que por lo general sabe leer, posee ya el *sentido de lo mejor* y está capacitado para vivir en una democracia. Cuando en mítins y en conferencias aplaude, es porque ha comprendido, porque no está conforme con lo actual. Se pierde el tiempo predicando á convencidos. Es necesario propagar allí donde no aplauden, donde acaso silben, donde no nos comprendan. Ya comprenderán y aplaudirán. Es preciso organizar pequeñas excursiones de propaganda, de educación ciudadana, á las poblaciones rurales. Es allí donde hace falta la labor del propagandista

liberal. Y hay que predicar en lenguaje sencillo para que sea comprendido, y hay que comenzar por enseñar al campesino qué es patriotismo, porque el señor, el cura y el cacique, le han enseñado que patriotismo es todo aquello que en nada les perjudica á ellos personalmente, aquello que en nada merma sus privilegios, aquello con lo cual ellos están conformes. Y generalmente el patriotismo es cosa muy distinta.

El Progreso

Santa Cruz de Tenerife.

En paz y jugando

Declaróse un incendio en el pajar de una casa habitada por un librepensador de Rubí, y diz que al enterarse el párroco al día siguiente, dijo que había sido en castigo á su impiedad.

Pero hete aquí que aquella noche se declara un incendio en la iglesia, y en menos que se dice amén, queda reducido á cenizas el altar de San Roque.

¿Con santo y tódo? Porque esto no lo aclara el periódico en que leo la noticia. Lo sentirla por el perro.

El precepto más fácil de cumplir en el Código de la Iglesia, es el que prohíbe el duelo.

Todos los católicos lo acatan sin restricciones, si bien se permiten infringir otros mandatos no menos importantes, como el «no mentir», «no matar», «no injuriar», etcétera.

Balance de una vida

Escúchame, viejo trabajador que durante cuarenta ó cincuenta años te has sacrificado en el taller, en la mina, en el terruño, en el mar, en donde sea y como sea.

Cualquier oficio que tengas, y aun suponiendo que no sea de los más duros, has tenido que sufrir mucho, que tolerar mucho, que ahogar tus impulsos, unas veces de rebelión, otras de asco y fastidio.

¿Cuántas injusticias habrás sufrido! ¿Cuántas humillaciones! ¿Cuántas privaciones! ¿Cuántas horas malas!

¿No has oído decir que el capital es el fruto del trabajo, que es trabajo acumulado? Pues entonces tú, que has ido acumulando trabajo con tantas fatigas, indudablemente serás muy rico, tendrás mucho capital en tu caja de hierro. ¿Cuarenta ó cincuenta años de acumulación! Sin duda no ha trabajado tanto el marqués de Comillas ni tampoco esos obispos que al morir de jan millonadas después de haber vivido con lujo escandaloso.

¿Me dices que no posees caja, ni dinero ni pan, ni casa en que habitar y que mañana tendrás que salir á extender el brazo á los transeúntes y pedir limosna, porque ayer te arrojaron del taller para que ocupase tu plaza un robusto joven?

¡Desgraciado! Ese es el balance de tu vida.

A los catorce ó quince años comenzaste á trabajar honradamente, resignadamente, gustosamente, y has conservado el

amor al trabajo y la resignación y la honradez durante cuarenta ó cincuenta años.

Este era tu capital: honradez, resignación, amor al trabajo; de todo esto has acumulado mucho; á ver cuánto te darán por todo ello los capitalistas que se han enriquecido con tu trabajo.

Ellos, en cambio, no eran honrados, ni resignados, ni amaban el trabajo; eran todo lo contrario: eran ladrones sin conciencia que acumulaban el trabajo tuyo y formaban el capital suyo; porque el capital es trabajo acumulado; tú has trabajado y ellos te han robado el fruto de tu trabajo, lo han ido acumulando junto con el de otros compañeros tuyos, y han llegado á formar un capital enorme que les permite vivir como príncipes y despreciarte á ti con tu virtud y tu honradez.

En cambio, te daban un jornal, un miserable jornal con el que dificultosamente podías ir viviendo; con este pobre jornal teñas que mantenerte y mantener á tu familia, vestiros, calzaros, pagar la casa, pagar al médico y al boticario y al cura, pagar impuestos y multas, escamoteando algo para vicios, porque también te enseñaron á ser vicioso, y luego ahorrar para los días sin trabajo y ahorrar para la vejez y no tener deudas.

Aunque parezca milagroso, supongamos que ahorraste y que pusiste tu dinero en un montepío. ¿Nunca lo hubieras hecho? Estos mismos señores que te predicaban cristianismo y honradez y amor al trabajo un día hicieron quebrar al montepío y te dejaron con la libreta de la caja de ahorros en la mano. La virtud del ahorro fué muy productiva, pero no para ti, pobre obrero virtuoso, sino para los señores que te aconsejaban y que luego saquearon el montepío.

El caso es que te han echado del taller porque eres viejo, porque ya no pueden explotarte más y que te hallas en la calle sin dinero, sin fuerzas, sin abrigo, sin pan y con una ley que te prohíbe pedir limosna.

Este es el balance de tus cuarenta ó cincuenta años de trabajo, de virtud, de honradez. ¿Qué más te hubiera ocurrido si hubieses sido rebelde, discolo, si hubieses trabajado por la revolución?

¿Te habría expulsado antes tu burgués? ¿Y qué? Antes eras joven, eras fuerte, hubieras podido vivir en cualquier parte y seguramente no estarías peor que ahora.

Porque eres dócil, por resignado y prudente ha esperado á despedirte, ahora, cuando ya eres tan viejo que para nada sirves. ¡Ya puedes estarle agradecido!

Contempla tu vida, infeliz obrero; piensa en los años de tu juventud, perdidos para ti porque todo tu esfuerzo lo pusiste al servicio del burgués; piensa en tu mujer, que murió anémica, sin medicinas, sin cama, sin asistencia; piensa en tus hijos, que te quitó la patria; piensa en tus hijas, que sedujo el hijo del burgués y cuyo paradero ignoras; piensa en tu honradez, en tu resignación, en tu amor al trabajo... ¿De qué te ha servido todo ello?

El cura te dijo que hace muchos años vino un Mesías para redimirte. ¿De qué te redimió el Mesías, viejo trabajador?

El político te predicó que amases la patria. ¿De qué te ha valido la patria?

También te enseñaron á respetar la propiedad y la autoridad y el orden. ¿De qué mal te libraron y qué bienes te produjeron todas estas cosas?

Mañana saldrás á la calle, te colocarás en una esquina y verás pasar indiferentes por

delante de tu brazo extendido y de tu mano abierta á los que has enriquecido con tu trabajo, al sacerdote que te predicó la resignación y á la autoridad que siempre has respetado. Procura no importunarles, porque te llamarán perdido y te aplicarán todos los rigores de la ley de vagos; porque según la ley tu serás un vago y los que te robaron son ciudadanos influyentes.

Lo más que te permitirán es que llores en silencio y que te mueras de hambre sin quejarte.

Llora, pobre viejo, llora; pero no te quejes, porque de todos tus males no tiene la culpa el burgués, ni el cura, ni el político; la tienes tú solamente, pues con tu amor al trabajo has enriquecido al burgués y éste ha pagado al político y al cura para que te engañasen; con tu resignación has dado fuerzas á tus enemigos.

Llora, pobre viejo, pero no te quejes, porque para ti ya no hay remedio. Tus males sólo podrá curarlos la rebeldía y para ti ya es tarde.

Menos mal si con tu ejemplo escarmientan los jóvenes que comienzan á vivir y que conservan íntegro el tesoro de sus energías.

Tú has malgastado ese tesoro en el trabajo en provecho del burgués; aprendan ellos á emplearlo en beneficio propio y de toda la clase trabajadora.

LUCIFERO

El Porvenir del Obrero.

El que rompe, paga

El párroco de San Antonio de los Baños (isla de Cuba) violó á una niña de trece años.

Cuando no pudo la niña ocultar su falta, relató la verdad á sus padres, que denunciaron ante los tribunales al cura.

Estrechado por el juez, acabó por declarar su delito, manifestando que estaba dispuesto á casarse con la seducida.

Extiendiéndome mi mano á ese cura á través de los mares, si es que se casó por fin.

Este rasgo decente demostraría que su puesto no estaba en la Iglesia.

Otra monja de los llagas en América

Recuerdo histórico

Rebuscando el otro día en un libro de historia, hallé cierta alusión á una monja embaucadora de Guatemala, que hace digna pareja con nuestra socarrona sor Patrocinio, que tan importante y triste papel desempeñó en la corte de Isabel II, y que es de todos conocida.

Regla los destinos de Guatemala por los años 1826 el cruel dictador Mariano Aycinena, que al año justo de su dictadura creó un consejo militar para juzgar á sus enemigos políticos, con tal rigor, que todo el que fuera convicto de haber dicho ante dos personas que Aycinena era jefe ilegítimo del Estado de Guatemala, debía ser castigado con la muerte.

No pocas de estas resoluciones eran consultadas por don Marianito, nombre vulgar que se daba á Aycinena, con su hermano fray Miguel.

Y puesto que ya tenemos al fraile, buquemos la indispensable monja, que no es otra que sor Teresa Aycinena, la propia hermana del propio jefe absoluto y del propio fraile Miguel.

Esta monja carmelita ejerció gran influencia en la política de Centro América, teniendo, como tenía, ganado el ánimo de su hermano, á quien hacía confesar y comulgar frecuentemente é inspiraba las mayores atrocidades dignas de un régimen absolutista, tan del gusto de los clericales.

Y para que se comprenda la semejanza de nuestra sor Patrocinio con sor Teresa, diremos que ésta celebraba todos los viernes largos parlamentos con Jesucristo en persona, que, al despedirse de ella le imprimía sus llagas, como quien imprime una tarjeta litográfica.

Los fanáticos enviaban pañuelos y otras prendas para que, siendo aplicadas á esas divinas llagas, volvieran santificadas á poder de sus dueños.

Ocurría esto por el año 1819. El arzobispo de Guatemala puso en conocimiento del Papa las maravillas que se operaban en dicho convento, acompañando lienzos de imágenes y figuras pintadas con sangre, y cartas que se decía escritas por mano de los ángeles.

La monja escribía desde su convento misivas sediciosas; anunciaba que serían bienaventurados todos los que auxiliasen á su hermano en la santa guerra que éste llevó á San Salvador, y que descenderían á los infiernos los que se negaran á prestarle auxilio.

En 1828 llegaron á su conocimiento los triunfos del general Prem. Algunas mujeres acudieron á su reja pidiéndola consejo; mas ella, empleando un lenguaje místico, contestaba que eran pruebas impuestas por Dios á los nobles, y que convenía resignarse y redoblar los esfuerzos.

Al año siguiente ocurrieron las victorias del general Morazán; y como éstas perjudicaban á D. Mariano Aycinena, la madre Teresa volvió á sus conferencias con Jesucristo, vió é hizo ver palmas en el cielo, y realizó otros prodigios semejantes.

Excuso decir que la embaucadora murió en olor de santidad. El obispo del Salvador, Jorge de Viteri, repartió (1843) estampas de la madre Teresa Aycinena, diciendo que eran milagrosas y que con el tiempo sería beatificada.

Esta monja fué, como se ve, la precursora de sor Patrocinio.

¿Tendría ésta noticia de su existencia, cuando la plagió en España?

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona.

Asesinato misterioso

En la casa-abadía del caserío de Barús, término municipal de San Hilario (Gerona) apareció asesinada hace pocos días el ama del cura, buena señora que no hi-

zo toda su vida otra cosa que desvivirse por los ministros del Señor. Tenía una fortuna regularcilla, pero no familia.

Dios la haya pillado en buena hora y el diablo haga que no se averigüe quien la mató.

La religión es una necesidad

(En este, como en los demás artículos, parto de los principios católicos, que son muy diferentes de los míos; quiero combatir el catolicismo con el mismo catolicismo; hacer ver las contradicciones de que está formado.)

Es creencia universal que los pueblos no pueden vivir sin religión. Esta frase la oímos repetir por todas partes. ¿Cuál religión es esa? La contestación pende del país en que la hagamos, hasta del individuo á quien interroguemos.

El católico, el protestante, el judío, el mahometano, el mormón, etc., sostienen cada uno que su credo es el único necesario, así como el fabricante de un emplastro sostiene que su específico es el único remedio para el mal de que se trata.

En consecuencia lógica tendremos que al decir que la religión es necesaria á la humanidad no se determina ningún credo, sino uno, sea cualquiera. Entre estos credos los hay que difieren unos de otros en puntos esenciales, cuando no son diametralmente opuestos, como el cristiano y el judío. ¿Cuál de estas religiones necesita el hombre? ¿Puede satisfacerse lo mismo una necesidad con esta creencia ó con la contraria? Los pueblos antiguos y aun algunos modernos subsistieron con la idolatría. Nunca supimos de una nacionalidad que dejara de ser por falta de religión. Muchos subsisten hoy creyendo lo contrario de lo que creen otros, y no sólo existen, sino que están muy prósperos. ¿En qué quedamos, pues?

Escoged la religión que más os plazca y os probaremos con datos irrecusables que no es necesaria para la humanidad, porque las nueve décimas partes de ésta por lo menos vivieron y viven sin ella, sin que la sociedad se desorganice, sin que la comunidad se aniquile.

Registrando la Historia vemos que los pueblos prosperaron ó decayeron según las leyes políticas que los regían y la moralidad que practicaban. La religión nunca influyó en favor, pero sí mucho en contra. Las mayores calamidades que la humanidad ha sufrido fueron debidas á la religión. La moral es independiente de los credos.

Todo esto demuestra que si la religión es necesaria, lo es para el castigo, no para el bien del hombre. Y si no, suprimid las leyes penales y dejad solamente las religiones. Entonces veréis cuáles son las necesarias.

La religión implica la creencia en lo sobrenatural, en lo invisible, en lo increíble, en lo físicamente imposible. ¿Forzará esa creencia al hombre á obrar bien? No. Lo que lo fuerza exteriormente es el castigo que la ley impone al crimen, y en el fuero interno no tiene más restricción que su conciencia. Esta no es patrimonio exclusivo de ninguna secta, no es producto de las creencias, es anterior y superior á todas ellas. ¿Cuál es, en resumen, la religión necesaria?

La que no necesita ni credos escritos, ni

templos de piedra, ni clérigos que mantener; la religión con que todos nacen, la universal, la de la conciencia. Esta nos enseña á amar al prójimo como á nosotros mismos. ¿Puede existir un Dios-Justicia que condene á un hombre por obrar conforme á esa religión que El le inspiró? Es imposible.

¿Qué puede importarle á Dios que el hombre crea ó deje de creer en el misterio de la Trinidad, en la divinidad de Cristo, en la virginidad de María, en la infalibilidad del Papa, etc.? Ha habido y hay aún millones de hombres que nunca tuvieron noticia de las verdades que la religión católica, por ejemplo, llama indispensables para salvarse. ¿Qué juez puede en justicia condenar á un hombre por haber faltado á una ley que ignoraba existiese?

Si esas llamadas verdades eran necesarias, debería el Creador haberlas inspirado á la mente con la misma claridad con que le inspiró las verdades matemáticas. ¿Hay alguno que dude de éstas? Pues si alguno duda de las otras, no es suya la culpa. El que se educa en una religión y no tiene oportunidad de conocer otra, ¿cómo puede averiguar cuál entre tantas es la verdadera?

Si la religión fuera necesaria para la sociedad, debiera, por lo mismo, ser una y universal; ninguna de las llamadas reveladas reúne estas condiciones.

La única religión universal es la de la conciencia; luego si alguna es necesaria, debe ser ésta. Todo lo que pase de ahí es mera especulación, mera farsa para humillar á las gentes ignorantes, haciéndoles creer que no pueden salvarse si no alquilan procuradores y abogados que por dinero las defienden en el tribunal de la Eterna Justicia.

Obre el hombre según su conciencia y riase de las vociferaciones de esos corretores de salvación.

R. VEREA

OBRA NUEVA

La brujería en Barcelona por "Fray Gerundio"

Un nuevo libro y curiosísimo de nuestro asiduo colaborador *Fray Gerundio*, en el que se estudian todas las supersticiones de la ciudad condal, brujerías, hechizos, curanderismo, sortilegios místicos, etc., etc., y se describen los tipos que viven y medran á costa de los incautos. Todos los cuadros y escenas están tomados directamente de la realidad, y su lectura es sumamente sugestiva y amena. Se vende en nuestra Administración. 1 peseta un volumen de más de 200 páginas. Por 1'25 se remite certificado á provincias.

LIBROS Á DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

Los Papas

POR
ROBERTO ROBERT

sos á los pobres Pontífices. Para desmentir tan insensatas acusaciones, organizó Mutur V su escuadra contra los bohemios, los cuales, acostumbrados á vivir como salvajes, respondieron brutalmente: «Un pueblo libre no ha menester rey.»

Los legados del Papa en persona y el mismísimo emperador, iban á pelear contra los Husistas, porque éstos incurrieron en la bárbara demencia de comulgar bajo las especies de pan y vino, en vez de hacerlo como es debido, con una obleita blanca.

Quizá nunca hubo motivo más justo para una guerra. Considere cada cual la enorme atrocidad que va contenida en la idea de no hacer uso de las obleas para un acto de tanta transcendencia como es la comunión, relacionado íntimamente con la moral, el derecho, la justicia y las funciones digestivas, y comprenderá cuán dignos son de eterna y gloriosa memoria los que en Alemania perecieron por tan sagrada causa.

Tremendísima paliza llevaron, es verdad, las tropas del emperador y las de los delegados; pero fué porque Dios quiso; y esto debe en parte tranquilizarnos.

Eugenio IV ocupa el solio pontificio y desde su augusto y blando asiento prolonga y mejora el sistema de persecución contra los bárbaros comulgadores de pan y vino, y tiene la desgracia de que se pongan en pugna los poderes de la Iglesia.

El diantre del concilio de Basilea quiso que el Papa se sometiera á sus decisiones, y el Papa declaró, por el contrario, que los concilios debían someterse á su autoridad.

Los padres de aquel concilio no estuvieron libres, al parecer, de toda maligna influencia.

Yo creo que eran sacerdotes buenos y justos, sabios y virtuosos; pero sus buenas cualidades padecieron sin duda un eclipse, cuando tachando á Eugenio IV de prevaricador incorregible, le declararon destituido de la autoridad pontificia.

Nómbrese en su lugar á Felipe V; conviértase Eugenio IV en antipapa; excomulganle los concilios de Florencia y Basilea; media Iglesia declara cesante y sin sueldo á la otra media; cada una de estas dos medias necesita y cobra tanto como anteriormente las dos juntas, y todo es crueldad y violencia; pero eso sólo aparentemente, pues yo para mí tengo que entonces arreció más que nunca la propagación del progreso y la cultura

que el Occidente de Europa debe al Pontificado.

Verdad es que se robó, mató é incendió como pocas veces; verdad es que crudelió la crueldad entre los hombres; verdad es que Vitteleschi, arzobispo de Florencia, fué asesinado por orden de Enrique IV...

Es de advertir que si Eugenio IV hubiese continuado siendo Papa, nos guardaríamos muy bien de creer en semejante orden; pero toda vez que ya había dejado de ser Papa, le juzgamos capaz de toda picardía.

Tanto más cuanto que deseaba volver á serlo.

Los reinos se dividieron, tomando partido ya por Félix, ya por Eugenio, y se renovó el estado de cisma; pero todo se sosegó con la muerte de Eugenio.

Bajo el pontificado de Nicolás V fué tomada Constantinopla por los turcos, que parece son nuestros enemigos.

Los embajadores griegos habían solicitado del Papa algún socorro de hombres y dinero con que defender aquella ciudad famosa, que era baluarte de la cristiandad; mas el Papa se lo negó todo, lo cual nos inclina á creer que sin duda los griegos habían cometido algún pecado imperdonable.

Sixto IV acrecentó las riquezas de los pobres que él administraba de una manera extraordinaria; mas no para gozarlas él solo, como suelen hacer los mundanos.

Si bien es cierto que aumentó los tributos, participaron en gran cantidad de sus productos su íntimo amigo Pedro Riera y su hermano Jerónimo, á quienes había hecho cardenales, y lo tenían muy merecido, porque llevaron con él la complacencia hasta el último extremo.

Los impíos le acusan con notoria insensatez porque vendía los cargos eclesiásticos al mejor postor.

Si los hubiese vendido al peor postor, habrían dicho que estaba loco, ó que procuraba la ruina de la Iglesia.

Dejémosles abandonados á su triste suerte.

Sixto IV fué tan ingenioso como tolerante. Estableció un lupanar muy aseado, del cual sacaba más de veinte mil ducados al año, á razón de un julio de oro que semanalmente cobraba con toda religiosidad de cada cortesana.

¿Y quién no ve aquí la piadosa intención del Pontífice?

¿Qué otra cosa podía proponerse sino que todo el oro del vicio fuera paulatinamente á parar á la Iglesia, de modo que al cabo de cierto tiempo ya nadie tuviese

medios para pecar y se inaugurase la era de la castidad universal?

Fué este Papa servicial en sumo grado. La familia del cardenal de Santa Lucía le presentó una reverente exposición, solicitando de su ánimo pontificio que durante los tres meses más calurosos del año le permitiese ejercer actos de sodomía.

El Pontífice escribió al margen: «Como se pide.»

¡Y esto lo califican de odioso, de brutal, de execrable!

¡Oh! los que tal dicen ignoran ciertamente lo que es Roma, lo que es canícula, lo que es cardenal y lo que fueron aquellos tiempos! Lo ignoran todo y hartos castigados están con su ignorancia.

Lorenzo y Julián de Médicis tenían muy enojado al cielo.

Sixto IV lo veía con dolor y quiso en su piedad celebrar una funcioncita de desagravios.

A este efecto, envió á Rafael Riera á Florencia, y un día, durante una misa solemne, en el acto de levantar el cardenal la hostia, cayó asesinado Julián de Médicis. Lorenzo, aunque herido, pudo defenderse y llegar á la sacristía.

El pueblo bárbaro se lanzó sobre los piadosos matadores, los desarmó brutalmente, los ahorcó de las ventanas del sagrado templo, y al mismo Salviati, arzobispo de Pisa, vestido de pontifical, le dejó colgado en igual forma, sin considerar que había recibido sagradas órdenes, ni rascarle las manos con un vidrio, como hacen todos los tribunales bien educados antes de ejecutar sentencia de muerte en sacerdote alguno.

Ello es que el cielo no pudo desagraviarse, y desde entonces se pierden muchas cosechas.

Muchas.

Inocencio VIII quiso dotar á la Iglesia de un buen Papa; no perdonó medio alguno para conseguirlo, y el cielo lo premió haciendo recaer la elección en favor suyo.

Para lograr su intento había adquirido grandes compromisos: de suerte que en cumplir con su palabra gastó cuanto encerraban las cajas del tesoro pontificio y algo más.

Pero le quedaba lo que no se compra con oro; le quedaba el don de la inventiva, hereditaria en los Pontífices, y así estableció cincuenta y dos buleros que apremiasen á los pueblos, cuyos buleros iban acompañados de veintiséis secretarios, cada uno de los cuales le proporcionó dos mil quinientos marcos de oro.

(Continuad.)